ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA



EL PINTA CALZONES

Y OTRAS HISTORIAS IRREVERENTES

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

EL PINTA CALZONES

Y OTRAS HISTORIAS IRREVERENTES

ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA

Serie
Narrativa breve N° 5

© Copyright: Elko Omar Vázquez Erosa, 2020.
Diseño: Elko Omar Vázquez Erosa.
Ilustración de portada: Miguel Ángel, El Juicio Final, detalle.
Blog: https://voluptuosidadeslapalabra.com
https://www.youtube.com/@voluptuosidadeslapalabra

EL ANDROIDE

Trabajábamos en la planta baja del Palacio Municipal en el Departamento de Comunicación Social. Para nuestra mala suerte los baños públicos se ubicaban a unos pasos de nuestra oficina, que habíamos bautizado como *La Cloaca*.

—Carito —le dije a mi jefa inmediata—, no se puede continuar con esta situación: a partir de las once de la mañana, pese a los esfuerzos del personal de limpieza, la atmósfera se vuelve irrespirable. ¿Sería posible que se dejara de prestar los baños a la gente?

—No, Elko, no se puede: se trata de un edificio público.

—O sea que debo trabajar en un cagadero público.

—Ni modo, Elko, ¿qué quieres que yo haga?

¡Dios! ¡Era insoportable! Se hacían filas enormes con todos los mendigos, lustradores de calzado, vendedores ambulantes, turistas y paisanos que deseaban aliviarse en el bañito, consistente en dos mingitorios, un retrete protegido por un cubículo metálico y un lavamanos, que servía de ducha a los seres más apestosos. Únicamente faltaba un tipo con un palo y un trapo atado a uno de sus

extremos, como en las letrinas públicas de la Antigua Roma, y una palangana para enjuagar ese chisme entre cliente y cliente.

—¡Tenemos que hacer algo, señor! —dijo Gabriel Ávila.

—¿Pero qué se te ocurre? —pregunté.

—¡No lo sé! Si El *Führer* viviera —respondió Gabo en un arranque Nacional Socialista— destinaría a unos S.S., enormes y terribles como *Terminator*, para poner en su lugar a la canalla.

Desde los abismos del misterio, donde los dioses se sientan a jugar a los dados, una idea luminosa emergió y quedó grabada en mi imaginación, con letras de oro: fue así como nació el androide P-2, mejor conocido como *El Defecator*.

Con la tecnología a nuestro alcance nos dimos a la tarea de crear a un poderoso guardián de la atmósfera que, de haber justicia en este mundo, nos hubiera valido el reconocimiento de más de una organización ecologista.

Esa cúspide del ingenio humano consistía en unos viejos pantalones de lona negra y en un par de tenis desgastados, prendas que rellenamos con papel periódico y trozos de plástico espumado.

Una vez que colocamos al *Defecator* en su trono mi amigo Jhonny, quien es alto, corrió el pasador del cubículo desde arriba: cualquier persona que entrara al baño vería los tenis y parte del pantalón por la rendija que dejaba la puerta del cubículo.

Los resultados no se hicieron esperar: 15 minutos más tarde una fila enorme de hombres desesperados ejercitaban sus esfínteres, bailaban, brincaban y hacían gala de un florido lenguaje que hubiera hecho sonrojarse al marqués de Sade.

—¡Compa! ¡No aguanto más! ¿Ya va a terminar? —gritó uno de esos desagradables sujetos, ansioso por vaciar las tripas; no obstante el P-2 (*Defecator*), con una frialdad que hubiera envidiado el T-800 (*Terminator*), ni siquiera se

inmutó: pese a los golpes que el energúmeno daba a la puerta de metal los tenis y el pantalón se mantenían en calma.

El tipo salió bramando, en una angustiosa carrera, con pocas esperanzas de llegar al cercano Palacio de Gobierno sin ensuciar los calzones.

Ni el Antiguo Egipto, ni el Imperio Romano, ni cualquier otra de las grandes creaciones de la humanidad duran para siempre. Es mi deber reportar que finalmente el P-2 fue derrocado cuando uno de los guardias de palacio, a petición de un hombrecillo que casi lloraba, abrió con la llave maestra el cubículo del escusado para recibir una impresión que lo hizo desmayarse como una damisela del siglo XVIII: Satanás en persona se había vuelto visible de la cintura hacia abajo y decidió defecar, entre todos los baños públicos del mundo, precisamente en las instalaciones sanitarias de la Presidencia Municipal de Chihuahua.

LOS PISTOLEROS
A WESTERN STORY

Gabriel Ávila y Juan Campos bajaron del vehículo para encargar unas hamburguesas en un puesto callejero:

—Dos hamburguesas con mucha salsa —encargó Gabo mientras lucía una pistola fajada en la cintura. El hamburguesero se apresuró a servir la orden al ver el arma y el rostro de sargento mal pagado de Gabriel: nervioso envolvió el pedido mientras Juan Campos, quien vestía una cazadora de piel negra, lo vigilaba hierático detrás de sus gafas oscuras.

Poco después llegaron a la casa que El Chumba ocupaba, donde este último y yo los esperábamos bebiendo whisky con agua mineral y hielo.

—¡Por Crom! ¿A qué se debe que lleguen tan tarde? —pregunté mientras El Chumba preparaba dos vasos para los recién llegados.

—¡Señor! ¡Señor! ¡Háble me con respeto, porque vengo armado! —dijo Gabo mientras blandía su escuadra: se trataba de una pistola de plástico que lanzaba balines del mismo material y cuyo cañón color

naranja había sido pintado de negro para que no se notara que era de juguete.

—Usted puede meterse su pistola por donde…

Gabo me disparó a las piernas, cubiertas por un delgadito pantalón de vestir.

—¡Ahhh! —grité. Los balines salían con fuerza y dolían un demonial.

—¡Apúrese con esos whiskies! —ordenó Gabo a Chumba—. ¿No ve que venimos sedientos?

Y como así por las buenas ni quien diga nada El Chumba les acercó sus vasos, raudo y veloz como una gacela.

Gabriel le dio un trago a su whisky, gruñó de satisfacción y se sentó a la mesa, sobre la que arrojó una bolsa llena de balines.

—Jonás y yo somos el terror de la ciudad —se jactó Gabo mientras dejaba la pistola encima de la mesa y me indicaba con señas que le diera un cigarrillo de los míos, encendido y rapidito.

—Como les iba diciendo, señores… —continuó Gabo, exhalando una bocanada de humo azulado, y procedió a relatarnos la aventura con el hamburguesero. En lo más animado de la anécdota Gabo abrió los ojos, aterrorizado: subrepticiamente Jhonny se había apoderado de la pistola:

—Ahora mismo me va a pagar los balinazos que me metió —dijo Juan y comenzó a dispararle a Gabo, quien se encogía de dolor y corría por toda la sala.

El poder es embriagador, y es que el colt hizo a todos los hombres iguales: Jhonny se volvió loco y también nos disparó a Chumba y a mí. La puerta de salida estaba cerrada con llave y en lo que Chumba conseguía abrirla una ráfaga de balines nos atormentaba en las piernas, en las nalgas y en la espalda.

Conseguimos salir al frente de la casa: Jhonny se quedó como amo y señor indiscutible de la plaza, recargó el arma y buscó los cigarrillos: para su mala suerte yo los traía en la bolsa de la camisa.

—¡Ya estuvo! ¡Ya estuvo! —nos dijo Jhonny mientras seguíamos luchando con los candados de la reja que daba a la calle, y como muestra de buena voluntad dejó la pistola en la mesa, salió desarmado y me pidió un cigarrillo.

Entramos juntos y servimos otra ronda de whisky mientras hablábamos mal de todos los políticos y reporteros que nos venían a la mente.

Transcurrieron los minutos, la pistola era una tentación. Junto a la puerta vi al Diablo a la vez que creía escuchar una melodía con armónica, silbidos melancólicos y guitarra acústica, como esas que salen en las películas del Viejo Oeste.

—*Hey, son!* —me dijo el Diablo con un gangoso acento yankee al tiempo que se servía un vaso de whisky y sostenía un cigarrillo con los labios. El Diablo llevaba botas con espuelas, un par de colts en el cinto, gabardina vaquera y sombrero tejano, todo de negro:

—*My old man used to tell me, when I was a little boy: "Hey, Lou, don´t play with fire". Da´ya´ think I listened the old man? Of course not, son: that would have been a real boring shit*.

El Diablo acarició su barba recortada en perilla, chupó con deleite su cigarrillo y continuó:

—*Those friends you have are fucking assholes. Shoot 'em all, son! Shoot 'em all!*

Con la mano izquierda me apoderé de las llaves, que Chumba había dejado sobre la mesa luego de cerrar la puerta de salida, y con la diestra empuñé la pistola. Comencé a disparar: se sentía tan bien.

Gabo gritaba como una damisela del siglo XVIII y de un ágil salto alcanzó la puerta del baño, donde se encerró. Jhonny se arrastraba por el suelo entre los vasos, el whisky y los hielos derramados, recibiendo el castigo de los balines en las posaderas. Por su parte Chumba estaba hecho un ovillo, contra la pared.

Los balines se terminaron, Chumba me arrebató la pistola, tomó la bolsa de balines de la mesa y señaló, muy enojado:

—¡*Signore*! ¡*Signore*! ¡*Signore*! ¡Parece niño chiquito! ¿No tuvo infancia?

Gabo salió del baño y Jhonny se levantó del piso. Ambos desaprobaban mi comportamiento, negando con la cabeza y chasqueando la lengua.

—¿Y usted qué, Gabo? ¿Cuántos años tiene… cuarenta? —Gabo bajó la cabeza, avergonzado.

—Usted que es el más centrado debería poner el ejemplo a estos úrdalos —agregó Chumba dirigiéndose a Jhonny—. ¿Es que quiere convertirse en un completo animal como ellos? —preguntó mientras nos señalaba a Gabo y a mí. Jhonny contestó:

—No-no-no-no-no-no-no-no-no-no-no.

—Ahora levantan esos vasos y trapean la sala —sentenció Chumba.

—Perdón, no sé qué me pasó —me disculpé y me dispuse a recoger los vasos desechables del suelo y a trapear.

Chumba alzó la pistola en su cuarto. Una vez restaurada la calma nos sentamos y seguimos bebiendo. Una hora más tarde nos encontrábamos bastante achispados:

—¡Demonios! —exclamó Gabo—. Se terminó el agua mineral y, lo que es peor, los cigarrillos. —Sacó una moneda y le preguntó a Jhonny:

—¿Águila o sello?

—Águila —respondió Jhonny y cayó águila. Gabo se volvió hacia mí y preguntó:

—¿Águila o sello?

—¿Y qué nos estamos jugando? —pregunté.

—Estamos decidiendo quién manda a Chumba por más agua mineral, cigarros, hielo y unas papas –contestó Gabo.

—Siendo así, águila.

Gabo se disponía a lanzar la moneda al aire cuando Chumba, quien se había deslizado silenciosamente a su cuarto, apareció pistola en mano:

—¡Vayan por las provisiones! ¡Y me traen un té de limón! —ordenó al tiempo que le lanzaba las llaves a Jhonny, quien las atrapó en el aire.

Chumba disparaba con infernal puntería mientras nos afanábamos, desesperadamente, en abrir las cerraduras. *Billy the Kid* no tenía nada que hacer, a su lado.

EL NIÑO DE ANTARES

I

Todo ocurrió en octubre del año 2005, mes brujo por excelencia. Salí de mi trabajo en la Presidencia Municipal y me encontré a Eduardo Arredondo, crítico de rock y locutor de radio:

—¿Ya saliste?

—Sí, voy a agarrar un taxi porque metí mi carro al taller.

—Yo tengo programa de radio hasta la tarde, si quieres te doy un aventón.

—Sale: yo disparo las cervezas.

Seguí a Lalo hasta lo que parecía ser un Volkswagen, pero tenía tantos golpes que semejaba un buñuelo. El vehículo arrancó sin problemas, hicimos una parada en un expendio de bebidas espirituosas y a mitad del camino comenzó a oler a quemado.

—¡Demonios! ¿Se te cayó un cigarrillo? —preguntó Lalo.

—¡Nos estamos incendiando!

Lalo detuvo el automóvil, cuyo asiento trasero se encontraba en llamas debido a un corto en la batería. Una

vez pasado el susto continuamos hasta llegar a mi casa donde estuvimos charlando animadamente.

—Hoy tengo una entrevista con el ingeniero Gilberto Ribera Altamirano.

Inmediatamente acudió a mi imaginación la tonadilla de los Expedientes Secretos "X".

—¿El investigador del fenómeno ovni?

—El mismo.

Entonces el *dáimôn* que siempre me inspira a hacer cosas perversas susurró en mi oído y yo le propuse a Lalo:

—¡Vamos a cotorrearlo! ¿Qué te parece si hablo a tu programa haciéndome pasar por un contactado medio demente con un mensaje alienígena?

A Lalo le encantó la idea y quedamos de acuerdo. Quiero aclarar que el hecho de que yo sea hijo de Dionisos, ahijado de Apolo y sobrino de Loki no demerita las legítimas investigaciones del inge Ribera en el difícil e incomprendido campo de la ufología.

II

—Efectivamente, Lalo —decía el inge al aire—. Los avistamientos son de diferentes tipos: naves con forma de disco, naves con forma de cigarro…

—Nos está entrando una llamada, inge. ¿Sí? ¿Diga?

—¡El tiempo se acerca! ¡Está por ocurrir! ¡He recibido un mensaje del niño de Antares!

—¿Quién es el niño de Antares?

—Es un niño rubio que nos advierte contra los reptilianos. ¡Ellos planean destruir nuestro país!

—¡Cálmese! Está entre amigos. Díganos el mensaje del niño de Antares.

—Antes de que termine el año los reptilianos utilizarán un arma con la que pueden manipular el clima. ¡Grandes inundaciones azotarán las costas de México! ¡Ráfagas de viento y destrucción! Pero ellos, los malditos reptilianos, no quieren que les advierta y me vigilan, debo… —tomé un

paquete vacío de cigarrillos y lo arrugué frente al teléfono, simulando una interferencia, y colgué enseguida.

—Se ha cortado la comunicación. Esperemos que esta persona vuelva a llamar. ¿Qué opinas del mensaje, Gilberto?

—Al parecer este señor describe a uno de los *rubios*, extraterrestres que según diversos testimonios velan por la humanidad, al contrario de los reptilianos…

El inge y Lalo siguieron charlando.

III

Poco después de perpetrada nuestra maldad el huracán Wilma azotó las costas de Cancún y mi hermano Ricardo estuvo a punto de ponerle Wilmito a su hijo recién nacido.

Ricardo pasó por toda una odisea que incluyó entrar a una farmacia saqueada, en la que el agua le llegaba hasta el pecho como en esas películas gringas de desastres naturales: solo le faltó luchar con un tiburón o con uno de los lagartos de la ciénaga.

Finalmente mi hermano, su esposa Luz y Ricardito fueron rescatados por los soldados (hasta que sirvieron de algo) y pudieron trasladarse a Mérida, Yucatán.

El muy cabrón de Apolo, no contento con tenerme metido a poeta sin percibir salario alguno ya quería hacer de mí todo un pitoniso.

EL BACÍN DE ORO

Luis Manuel despertó con una resaca terrible, pero consiguió arrastrarse hasta la regadera. Poco después comenzó a beber una cerveza que quedaba en el refrigerador y en seguida tomó el teléfono y le marcó a su compadre:

—¡Tobías! ¡Anoche fui a un bar donde tenían un bacín de oro!

—¡Está loco, compadre! ¡Está loco! ¿Pues cómo andaba?

—Se lo juro, compadre —insistió Luis Manuel—. El problema es que no recuerdo el bar en el que tenían esa maravilla en la que vale la pena aliviarse.

—Se lo habrá imaginado…

—¡Claro que no! Es más, le propongo una cosa. Venga por mí y nos curamos la cruda durante un recorrido por varios bares, hasta que demos con ese sitio encantador.

—Vale.

Poco después Tobías, que cojeaba de la misma pata que su compadre, recogió a Luis Manuel en un viejo Volkswagen que parecía un chicharrón de tantos golpes recibidos.

Bajaron en el primer bar, tirando latas y latas de cerveza, que reposaban en el suelo del vehículo.

Pidieron dos cervezas. Luis Manuel preguntó:

—¿Aquí es donde tienen un bacín de oro?

—No, aquí no es.

De cualquier modo se asomaron a los baños, que estaban horrorosos y olían a orines rancios. La escena se repitió toda la tarde hasta que llegaron al *Gambrinos*.

—Este bar —dijo Luis Manuel, tambaleándose— se honra con el nombre del mítico personaje que le arrancó al diablo el secreto de la cerveza —y es que Luis Manuel era un borracho culto—. Algo me dice que hemos llegado a nuestro destino.

Pidieron dos cervezas que el barman, un panzón con cara de pocas pulgas, les sirvió de mala gana y continuó limpiando sus vasos.

—Jefe —dijo Luis Manuel—, ¿aquí tienen un bacín de oro?

Una vena comenzó a palpitar, peligrosamente, en la sien derecha del panzón. Luis Manuel y Tobías presintieron la desgracia:

—¡Pedro! —gritó el barman— ¡Aquí está el cabrón que se cagó en tu saxofón!

INSTRUCCIONES PARA JODER A ALBERTO ESPINO

Todo comenzó cuando llegué muy desvelado al trabajo, para variar.

Había un cheque enorme, de esos de plástico que salen en la tele en ceremonias lacrimosas donde el alcalde le entrega un dinerín a una familia pobre y esas cosas, ya sabéis, y todo lo que yo quería era dormir sobre ese chisme, pero Dios no endereza jorobados ni cumple caprichos y se me apareció Juan Diego en calzones:

—¡Elko!

—¿Qué quieres, Juanito? —le dije al señor Juan de la Torre, cuando apenas comenzaba a acomodarme sobre el cheque.

—Te habla la patrona.

Y si hablaba la patrona, ni pedo. Total que me citaron al despacho del alcalde donde Alberto Espino los traía a todos de la cola.

Espino era el director del Instituto Municipal de Cultura, un bato de lo más mamón: usaba un bigotito más delgado que el de Pedro Infante y se veía todavía más maricón, y se

enrollaba en el cuello una mascada roja translúcida al tiempo que decía cosas como:

—*No, dear, dear, dear!* La inspiración es nada, todo es trabajo.

Y es que los plebeyos tienen la filosofía del trabajo, aunque no lo hagan, los muy culeros, sobre todo si se dicen de izquierda.

Llegué al despacho del alcalde, caminando como Jack Sparrow y con un guardia espantoso detrás de mí para que no me escapara, ni idea cómo porque todavía no se me bajaba la borrachera: Alberto les había bailado en la cabeza de lo lindo, incluyendo a Juan Blanco, quien salía embotado.

Los del PRI y los del *Foro de Periodistas*, como luego hicieron conmigo, habían pedido su cabeza porque en una entrevista de radio el muy pendejo dijo la pura verdad:

—¡Señor Espino! Usted es de izquierda (sí, de izquierda el señorito bonito). ¿Por qué le apuesta a los del PAN?

—Mira —dijo Espino, se acomodó la bufanda escarlata translúcida, se acarició el bigotito (más maricón que el de Pedro Infante, insisto) y señaló, previo ademán que hubiera envidiado Andy Warhol:

—El PRI se ha vuelto un sinónimo de corrupción.

Sus dedos elegantes, de pianista, se volvieron un breve poema desdeñoso que ya hubiera querido pintar el mismísimo Leonardo da Vinci.

Tampoco es que dijera mentiras, pero para pronto los teléfonos comenzaron a chillar y los putos del PRI y los del *Foro de Periodistas* pidieron su cabeza: no había vuelta de hoja y Alberto, arropado en su mascada y en su pose de artista se negó a renunciar y amenazó con mandar a la mierda la de por sí frágil administración panista.

—Quiero irme a París. París tiene algo que me enamora. Paty, qué lindo corte de pelo tienes, eres tan hermosa, fíjate que…

En eso llegué, encabronadísimo y con un guarura detrás de mí, así que no podía escaparme.

Hasta eso que llegué a tiempo de escuchar las explicaciones del maestro:

—Yo soy un artista. Ustedes son unos pendejos y unos pinches filisteos.

Todo fue que se atreviera a citar a Óscar Wilde:

—Su túnica manchada de vino, enguirnaldada de hiedra, danzando como una bacante sobre las colinas de la vida, y mofándose del pesado sileno por su sobriedad.

Odio que los perredistas citen a Wilde, esos pesados tan sobrios, así que preferí una cita de Bukowski que dice a la letra:

—El mundo es un saco lleno de mierda que se abre por las costuras.

Y lo abrí por las costuras, sobre Espino.

—*Dear! Dear! Dear!* —decía Espino y les bailaba sobre la cabeza—. Yo no he dicho mentiras: el PRI es sinónimo de corrupción. Si me corren me pagan mucho, muuuchooo dineroooo.

Y se lamía el bigotito como la Pantera Rosa. No decía mentiras, pero esas cosas no se dicen.

—Alberto, no podemos protegerte, tienes que renunciar: los del Foro de Periodistas nos traen de la cola, y el PRI ni se diga.

—Corazones, renunciaré con un escrito que señale: "por diferencias intelectuales yo, Alberto Espino, productor de teatro, dramaturgo y hombre arrolladoramente guapo, he decidido renunciar al puesto que mi amigo, el alcalde Juan Blanco, me pidió de favor que…

—¡No! —se desesperaban y Espino seguía con sus sofismas.

Juan Blanco se fue con un dolor de cabeza, igual que varios de sus colaboradores. Comprendiendo la situación dije:

—Independientemente de que usted haya dicho la verdad… ¡Dios! ¿Alguien tiene una Tecate?

—El naco ese pide una Tecate, buf —dijo Espino.

—Decía que independientemente de que usted haya dicho la verdad no puede renunciar por diferencias irreconciliables. No se haga pendejo, tiene que ceder. Deje de acariciarse ese puto bigote, me desespera usted.

Alberto se encabronó, acarició su mascada, luego su pelo y dijo, tras entornar los ojos con mucho estilo (hasta eso):

—Y me lo pregunta, ¿quién? ¿Oyeron ustedes a un insecto?

El pendejo no sabía que le estaba hablando Elko Omar Vázquez Erosa, duque de la Noche y amo del Crepúsculo, y su pinche padre, su papá, ¡su papá, señores! ¡Su papá!

El inge, Miguel Carreón (don Corleone) despertó al fin:

—Mira, Beto —Alberto se desinfló cuando lo bajaron a Beto—, me queda muy claro que no aceptamos tu renuncia por "diferencias irreconciliables".

—Pero, pero…

—¡Pero nada, cabrón! Si quieres tu dinerito me firmas.

Espino me miró: me odiaba. Hasta eso que me gustó mucho su versión de *El fantasma de la ópera*. Igual me lo jodí.

EL MONITO DE LA ROSCA

Nos encontrábamos en la oficina un 6 de enero: el licenciado se lució con dos roscas de Reyes y varias botellas de refresco, pero anunció:

—Muchachos, cada rosca contiene tres monitos de plástico: las personas que resulten agraciadas deberán cumplir con la tradición y traer, cada uno, 24 tamales el próximo 2 de enero, día de la Candelaria, ¡sin pretexto! ¿Estamos de acuerdo?

Todos asentimos con excepción de Chuy, quien se removió nervioso, se aflojó la corbata y miró alrededor, como buscando una salida, pero se encontraba lejos de la puerta.

Y es que Chuy siempre había sido de lo más miserable, al grado de que le hablaba La Virgen cuando organizábamos alguna fiestecilla y estábamos a punto de pagar la cerveza y las viandas en el supermercado, y se distraía leyendo una revista o fingiendo una llamada entrante a su teléfono celular.

Las muchachas repartieron generosas porciones de rosca de Reyes y los vasos de refresco: pronto comenzaron a aparecer los nombres de los agraciados, quienes se comprometieron a llevar los tamales y los refrescos; pero el sexto monito no aparecía: nos miramos unos a otros.

Chuy, quien lucía una palidez cadavérica, se acercó a la mesa donde se encontraban la rosca y los refrescos, llenó su vaso de gaseosa y apuró el contenido: el monito se dibujó por un instante en la garganta de Chuy para luego desaparecer, como por arte de magia. Chuy respiró, aliviado.

—¡Ah, que caray! —dijo el licenciado, fingiendo no haber visto nada—. Algún "macana" desapareció el sexto monito; ni modo, yo pongo las dos docenas de tamales que faltan.

Chuy no se dio por aludido.

EL BAÑO DEL REY

Antigua es la tradición que establece que todo gentilhombre que se precie de serlo, luego de velar sus armas rezando toda la noche para renovar sus votos, se bañe por lo menos —por lo menos— una vez al año.

No obstante los reyes se sienten que están por encima de nosotros, los miembros de la aristocracia, y cierta mañana Louis XIV, el Rey Sol, se despertó con la noticia de que madame de Pompadour había dado estrictas órdenes de que Su Majestad tomara un baño, toda vez que su cadavérico aroma ya no se soportaba.

El rey, furioso, cargó contra el pobre criado que sostenía una toalla y una pastilla de jabón, para luego condenarlo a 25 azotes.

Y es que en una ocasión, siendo todavía El Delfín, había tomado un baño que le sentó muy mal por lo que ordenó que en sus habitaciones se llevara, todas las mañanas, una vasija de porcelana llena de agua de rosas para que la punta de sus reales dedos se humedeciera a fin de refrescar su agraciado rostro y alisarse los cabellos.

Era preciso defenderse de una pulmonía.

Lamentablemente se me han acabado los pretextos y mi hermana me pide que la acompañe a una fiesta de fin de año y como no soy rey me veo obligado a meterme debajo de la regadera. Espero que mis lectores tengan mejor suerte y que no se olviden del calzón rojo para que todos sus deseos se les concedan.

Feliz Navidad, Próspero Año Nuevo y que la chingada.

Abur.

ACERCA DE LOS CALZONES INTERACTIVOS

Entre las grandes ventajas de vivir en los tiempos que corren (de ahí el absurdo de idealizar el pasado) se encuentran avances tecnológicos que constituyen una maravilla absoluta y total, como es el caso de la ropa interior vibratoria, para hombre y mujer, misma que puede ser activada a distancia bajando un sencillo *plug-in* de Internet a fin de desterrar la tristeza de esas noches solitarias que lo hacen revolverse a uno en la cama, además de que representa una enorme oportunidad de negocios que *Voluptuosidad es la palabra* se reserva para un futuro no muy lejano.

Armado con tu tablet, con tu teléfono celular o con una computadora puedes tocar a la mujer amada mientras ambos se miran por vídeo e intercambian picantes comentarios, amén de ponerle una musiquilla romántica al asunto, unas miradas lánguidas y, ¿por qué no?, una luz tenue con velas y todo el show.

Lo malo es que se puede prestar a equívocos terribles y traumáticos como lo que le ocurrió a Enriquito, un joven grumete que, habiendo partido con tanta ilusión de la casa

materna, se encontraba en altamar y que hoy por hoy se ha convertido en un fastidioso predicador cristiano, de esos que te tumban la puerta los domingos, por la mañana.

Imaginaos la escena: un curtido y barbudo marinero, que extraña a su esposa, recientemente ha adquirido ese chisme en *ebay* y se decide a utilizarlo, muy discretamente, durante las lentas horas del mar; lo malo es que el viejo lobo de mar duerme en la parte superior de una litera que comparte con el inocente de Enriquito, a quien todos esos avances tecnológicos le parecen cosa del mismísimo demonio.

Los extraños hechos ocurridos se desarrollan más o menos como se consigna a continuación:

Neptuno 724: Tócalo.

Sirena 123: ¿Con las manos?

Neptuno 724: Siii.

Sirena 123: ¿Así?

Neptuno 724: ¡Así!

Sirena 123: ¿Sí?

Neptuno 724: ¡Sí! ¡Así! ¡Así! ¡Así!

El marinero, al calor de la pasión, ya se sabe, se olvidó por un momento de que su tierno compañero intentaba pernoctar en la parte inferior de la litera y comenzó a agitar el susodicho mueble, mientras bramaba de puro gusto.

Enriquito, espantadísimo, se metió debajo de las mantas y encendió su teléfono celular para comunicarse con su mamá a través de la red social de los Legionarios de Cristo, ya que la buena señora de ninguna manera le permitía que utilizara cosas embrujadas, Dios no quiera, como el Facebook y otras invenciones impías aderezadas de tremendas tentaciones:

Enriquito 777: ¡Mamá! ¡El viejo feo y barbón de la parte de arriba de la litera se está tocando las partes que tú siempre me dices que no se deben tocar!

Mamá Number One: ¡Santo Dios! ¿Tienes los calzones puestos?

Enriquito 777: Sí, mamá.

Mamá Number One: ¡Enriquito!

Enriquito 777: ¡Sí, mamá!

Mamá Number One: ¿Seguro, Enriquito?

Enriquito 777: ¡Sí, mamá!

Mamá Number One: ¿No ha bajado el tipo de la litera?

Enriquito 777: No, pero parece que la litera se va a desplomar de un momento a otro. ¿Qué hago, mamá? ¿Qué hagooo?

Mamá Number One: Escúchame bien, hijo mío, reza tres padres nuestros y nueve aves marías. Si al monstruo se le ocurre bajar de la litera sales corriendo y se lo dices todo al capitán.

Enriquito 777: Sí, mamá.

Mamá Number One: ¡Enriquito!

Enriquito 777: Dime, mamá.

Mamá Number One: Bajo ninguna circunstancia te vayas a bajar los calzones.

Enriquito 777: No, mamá.

Mamá Number One: ¡Santo padre Marcial Maciel! ¡Intercede por mi niño!

Y en eso, la apoteosis: el malvado marinero se agitó espasmódicamente una, dos, tres aterradoras veces, o quizá fueron más de cinco (Enriquito no recuerda bien) y mientras se escuchaba una voz femenina distorsionada por la distancia y a través de un aparato electrónico el tipo se puso a bramar y cayó de la litera.

Obedeciendo las recomendaciones de mamá Enriquito pegó tamaño brinco y salió corriendo del camarote hacia la seguridad del aire fresco y lejos, muy lejos, de esos antros impíos contaminados por la influencia de Satán.

ESTARÉ PENDEJA

En la red ocurren de las cosas más bizarras siendo el caso que conocí a una niña, una tal Dayrí con la cual, tras haber intercambiado un par de comentarios, me escribe un día:

—Oye, ya sé que casi no hablamos tú y yo. Sabes que se murió un pariente y me preguntaba si podrías depositarme cinco mil pesos a mi cuenta y el lunes te los pago (carita sonriente de emoticón).

Ratón malo contestó:

—Queridísima Dayrí, lamento mucho tu pérdida, ahorita a las cinco de la tarde te deposito, asómate al banco 20 minutos más tarde y me dices si te llegó.

—¿Sí?

—¡Claro, mensa! ¿Para qué están los amigos?

Ratón malo se puso a chatear con otra gente y pensó que lo anterior era una broma, pero en eso recibió un mensaje:

—Oye, Elko Omar, no he recibido el dinero que me dijiste ibas a depositar.

¡Dios! No me lo podía creer, así que le contesté:

—Uf, no te apures, ha de ser un problema del banco, seguro el dinero te llega en unos 20 minutos.

Y así se quedó.

Pasaron los meses y me la volví a encontrar en el "feis" y se me ocurrió jugarle una broma, así que le escribí:

—Dayrí, sabes que me quedé sin dinero para tomarme unas cervezas. ¿Podrías depositarme dos mil pesos y mañana te los pago?

Pasaron varios minutos de silencio y yo me ocupé en otras charlas, pero de repente sonó un: ¡plink!

Era Dayrí, quien me respondió:

—Estaré pendeja.

Yo le contesté, muy indignado:

—Dayrí, ¿cómo puedes decir eso? ¿Qué no me pediste hace unos meses, de buena fe, algo de dinero?

—Sí —reconoció Dayrí—, pero yo no te lo pedí para comprar cervezas.

—Shit! ¡Qué menso! Te los hubiera pedido por otro concepto. ¡Menso, menso, menso!

Silencio.

Pudorosos puntos suspensivos.

Me hice un sándwich y me puse a ver fotos de Milla Jovovich. De pronto la computadora hizo:

"¡Klung!".

—Oye —me dijo Dayrí.

—Sí, dime, Dayrí.

—¿Te digo una cosa?

Uf, pregunta retórica, si no le contesto nunca me dice:

—Sí, dime, Dayrí.

—Eres raro.

—Uf, eso duele, Dayrí, sobre todo viniendo de una persona tan normal como tú.

ORYZA SATIVA LAMPYRIDAE

"Todo el Japón es una pura invención. No existe semejante país ni tales habitantes[1]" afirma categórico Óscar Wilde en su exquisito ensayo *La decadencia de la mentira*.

Si lo dice el maestro tiene que ser cierto; pero en lo que se refiere a China por fuerza deberá existir ya que de otra manera, ¿de dónde vendría el arroz que tanto nos gusta? ¿Qué sería de nosotros sin un buen plato de paella?

China posee un enorme territorio en cuya superficie es posible encontrar diferentes tipos de clima. En las zonas pantanosas los habitantes de ese misterioso país se dedican a la captura del arroz, insecto emparentado con las luciérnagas y cuyo nombre científico es *oryza sativa lampyridae*.

Los chinos, pueblo industrioso como pocos, capturan a este apetecible artrópodo durante las primeras horas del anochecer sirviéndose de grandes redes montadas en una delicada estructura de bambú, actividad en la que participa toda la familia.

[1] Wilde, Óscar. Obras completas. Aguilar. Estado de México. 1991. p. 998.

Una vez que los arroces, que revelan su posición brillando como las luciérnagas (si bien la luz que despiden es de color azul) han sido atrapados se procede a agitar las redes para que mueran. Posteriormente y con infinita paciencia los chinos retiran las patas, la cabeza y las alas de los arroces toda vez que la única parte comestible de estos bichos tan apreciados es la "pancita".

Los arroces son deshidratados en unos hornos especiales y luego empaquetados para su exportación, principalmente a España donde el genio ibérico ha transformado este regalo del lejano oriente en la deliciosa y celebrada paella.

EL PATA DE INDIO

Jesús subió varios paquetes de carne al carrito del mandado, que ya rebosaba de latas de cerveza y cajetillas de cigarros, pero al llegar a las cajas se puso a ver las revistas y por más que Julián y Arturo le llamaban para que cooperara con la cuenta era como si a Jesús le hablara la virgen y consiguió hacerse pato.

Una vez que llegaron al bosque comenzaron a beber. De pronto Julián sacó una botella de sotol, no de ese de Coyame que le venden a los gringos, sino el de la sierra, mejor conocido como *El pata de indio*.

Se dice que fue el mismísimo Satanás quien le dio la receta a la gente de la sierra de Chihuahua para elaborar dicha bebida, que consiste en destilar la agavácea conocida como sereque y ahogar en las tinajas una víbora de cascabel, que suelta su veneno.

El sotol es parecido al tequila, pero tiene un regusto como a olla de barro. Ingerirlo asegura la condenación eterna del alma por lo que *Voluptuosidad es la palabra* lo recomienda ampliamente.

Los tres amigos se bebieron la botella y los demonios del erebo se apoderaron de ellos.

Jesús se puso a llorar cuando recordó a una antigua novia mientras que en el pantalón de Arturo, a la altura de la entrepierna, comenzó a formarse un puntito de humedad que creció vertiginosamente hasta inundar toda la prenda: Arturo se fue de espaldas y roncó estrepitosamente; por su parte Julián consiguió sacar un cigarrillo de un paquete arrugado, pero lo prendió por el filtro y en algún momento se quedó dormido.

Cuando Julián abrió los ojos se dio cuenta de que se encontraba debajo de la furgoneta. Buscó a sus amigos con la mirada y vio que Arturo abrazaba a Jesús por la espalda, quizá soñando que estaba con su esposa.

Julián notó una incomodidad en la espalda ya que se había acostado sobre una bota vaquera.

Entonces lo vio: era un objeto de cuero que estaba cerca de una de las llantas de la furgoneta: se trataba de la cartera de Jesús, repleta de billetes de a quinientos, nuevecitos.

Arturo y Jesús despertaron quejándose de la resaca y propusieron ir a curársela con unas cervezas y unos tacos de barbacoa.

—Vamos a los mariscos *El Bagre* —propuso Julián.

—Pero es muy caro —se quejó Jesús.

—Ustedes no se preocupen por nada —contestó Julián.

La comida estuvo deliciosa: comieron camarones, ostras y calamar y bebieron hasta hartarse.

—¡Qué bárbaro, compadre! ¡Qué bárbaro! —decía Arturo con deleite—. Esto sí que es vivir como reyes.

—¡Mesero! —gritó Julián—: Tráiganos una botella de *Buchanan's*.

—¡Qué bárbaro! ¡Qué bárbaro, compadre! —se admiraba Jesús.

La cuenta fue estratosférica, pero Julián pagó sin que uno solo de los músculos de su rostro se moviera y hasta dejó una generosa propina al mesero.

Julián tenía que partir a Chihuahua así que fueron a dejarlo en la estación de autobuses.

Una vez a bordo del autobús Julián se despidió de sus amigos:

—¡Vamos a hacerlo más seguido, compadre! —le dijo Arturo—. ¡Pero qué gusto da tener un amigo tan generoso!

—¡Déle las gracias a Jesús ya que la parranda ha corrido por su cuenta —dijo Julián y le arrojó la cartera a Jesús con tres flamantes billetes de a 20 pesos.

El autobús se fue haciendo pequeño en la distancia ante los ojos atónitos de Arturo y, cómo no, de Jesús.

LA INSATISFACCIÓN DE LOS MARIDOS

Ratón dormía bien rico. Estaba soñando con Britney Spears cuado sintió que le jalaban las patas, lo sacaban de la cama y le gritaban:

—¡Levántate, gandul! ¡Ratón! ¡Ratón! ¡Levántate ya para que me hagas la compra!

Era mamá Ratona que andaba de malas, me puso unos billetes en las manos y me mandó al súper.

Yo sentía que los batos muy machos me miraban feo por andar de compras. Había un motorista con una cangurera en la que cargaba a un bebé con cara de encabronado, así que dije, poniendo mi mejor mueca tipo Clint Eastwood:

—¡Demonios! Estas mujeres no tienen llenadera. Si yo no hago la compra me deja en la calle. He tenido que quitarle la tarjeta.

Para esto Ratón en su renga vida se ha casado. El motorista miró feo a Ratón (el niño también) y dijo:

—Y que lo digas, tío. Tenemos que demostrarle a las tipas quién lleva los pantalones.

El cuate que llevaba las cajas de pollo se acercó al escucharnos y dijo:

—Se gastan una millonada en lo de sus cremas, sus cortes de pelo, sus tintes y sus uñas.

Un venerable caballero, que también pasaba por ahí exclamó:

—Disculpen, señores, los he escuchado. Lo que pasa es que ustedes los jóvenes no le muestran a las mujeres quién lleva las riendas en la casa.

Todos sentimos que volvía nuestro abuelo para darnos lecciones, que nos iba a enseñar cómo tratar a las mujeres, pero en eso le gritaron:

—¡Alvaro! ¿En qué estás pensando, cabrón? ¡Ayúdame con los tomates!

El venerable caballero se disculpó, pero ya estábamos entrados y salimos a la puerta del súper a compartir unos cigarros: el motorista, el bebé con cara de encabronado, el tío de los pollos, uno que empacaba y un policía que se nos unió de último momento conformaban la tertulia de maridos insatisfechos.

—Lo cierto, señores, es que las mujeres deben saber quién lleva los pantalones —dijo el policía. Tenía un rostro decidido, era pelirrojo y se parecía a Arnold Schwarzenegger. Todos estabamos admirados.

Dijo cosas muy hermosas acerca de la virilidad, de la necesidad de meter en cintura a las mujeres, pero en eso me habló mi mamá y tuve que irme a la casa para que no se enojara ni me fuera como en feria.

EL PINTA CALZONES

Los órganos sexuales de San Juan Bautista volaron por los aires y fueron a caer, hechos pedazos, a los pies de Bruno y Nicolo quienes, horrorizados, sintieron cómo se les erizaba la piel ante tamaño crimen; la misma suerte habían corrido los genitales de San Pedro ante la furia del infame Daniel da Volterra, quien argumentaba que solo cumplía las órdenes del Santo Padre; en seguida el pintor dejó a un lado el martillo y el cincel y comenzó a aplicar una capa de yeso en el sitio donde Miguel Ángel había pintado los atributos naturales del profeta para dibujar en su lugar unas buenas bragas.

—*Braghettone!* —gritó alguien, de entre los curiosos— *Diavolo maledetto! Figlio di puttana che ti a partorito!*

Fue como si se le hubieran metido todos los diablos al maestro Volterra quien exigió, desde lo alto de los andamios, que los curiosos salieran de la Capilla Sixtina, así que sus ayudantes se apresuraron a expulsar, de malos modos, a la concurrencia.

—*Braghettone! Figlio di cento genitori! Stronzo di merda! Braghettone! Braghettone! Braghettoooneee!*

Las puertas de la Capilla Sixtina se cerraron y las personas, previamente expulsadas del recinto, comenzaron a dispersarse, excepto el furioso admirador de Miguel Ángel, quien continuaba escupiendo insultos, por lo que los aprendices de pintor, Bruno y Nicolo, decidieron evitarse problemas y dirigieron sus pasos hacia la taberna más cercana, donde ordenaron vino, queso y aceitunas.

Luego de tranquilizarse con varios tragos de vino Bruno comentó:

—¿Pero cómo se atreve el maestro Volterra a poner las manos sobre la obra de El Divino? A este paso no quedará un solo desnudo en Roma y todas las pinturas terminarán con calzones.

—Órdenes del Santo Padre —contestó Nicolo—. Y lo qué más le molesta a Volterra es que le digan *braghettone*[2]; sin lugar a dudas pasará a la historia con ese mote, opacando al resto de su obra.

—¿Pero quién le ha metido esa idea al papa?

—La historia —dijo Nicolo— es antigua. La animadversión hacia los desnudos comenzó durante el reinado del papa Pablo III, quien acudió con sus cardenales a admirar El Juicio Final. Entre sus acompañantes se encontraba su maestro de ceremonias, Biagio da Cesena, quien al ser preguntado por su opinión sobre la obra de Miguel Ángel se hizo de cruces, mientras exclamaba:

—Es un escándalo poner, en un lugar tan sagrado, tantas figuras que muestran, deshonestamente, sus vergüenzas. ¡Estas pinturas deberían estar en una hostería o en una casa de baños y no en la capilla del papa!

Bruno soltó una carcajada; Nicolo continuó su narración:

—Lo cierto es que al maestro Miguel Ángel, hombre de genio muy vivo e incluso despiadado con sus enemigos, no le sentó muy bien el comentario y poco después de que el

[2] El hacedor de bragas o el pinta calzones.

papa y su comitiva se marchasen comenzó a dibujar a Minos en los infiernos, con orejas de burro, rodeado de diablos y una serpiente mordiéndole el pene, como sin duda pudiste apreciar en el mural: las facciones de Minos, trazadas de memoria, corresponden a Biagio da Cesena.

Nicolo rellenó su copa de vino y la vació de un trago, Bruno lo imitó; volvieron a llenar sus copas, cortaron un trozo de queso y comieron algunas aceitunas.

—¿Y se quedó tan contento el maestro de ceremonias del papa? —preguntó Bruno.

—La verdad es que no; en cuanto se enteró Biagio da Cesena, de natural sombrío y envidioso, como muchos de los que rodean a los grandes, corrió a acusar a Miguel Ángel ante el Santo Padre. Tras besar el anillo del papa Biagio se quejó:

—¡Su Santidad! ¡Ese pintor con cara de chivo me ha representado en los infiernos! ¡Desnudo! ¡Mostrando las vergüenzas, a las que muerde una serpiente!

El papa, quien era un viejo malicioso, apenas se podía aguantar la risa, y sentenció:

—Hijo mío, querido, ¡pluguiese al cielo que el pintor te hubiera colocado en el purgatorio, hasta donde llega mi poder!; pero me es imposible sacarte del infierno: no hay redención para ti.

Y ahí se quedó, para su eterna vergüenza.

¡TE PASASTE DE LANZA!

La ociosidad es la madre de todas las artes, según reza el adagio.

Lo cierto es que me habían reprobado y solo tomaba dos clases en la Universidad. No tenía dinero, pero mi amigo César Alonso González Caballero me hacía fuerte y todas las tardes llegaba con dos canastitas —lindas como tiestos de flores— en las que tintineaban alegremente 12 envases de cerveza, que inmediatamente procedíamos a llenar en el expendio de bebidas espirituosas más cercano.

—¡Pero qué barbaridad! —decían las vecinas al vernos pasar—. ¡Esos muchachos no hacen nada más que tragar cerveza!

—¡Pobrecitos! ¡Han de estar atiriciados! ¡Qué Dios los ilumine!

Y es que es preciso ocultar lo que piensas beberte a fin de evitar las envidias y las murmuraciones.

Estábamos en mi cuarto, César no me hacía caso y revisaba un libro, y eso que todavía no se generalizaba el uso del teléfono celular. Yo comencé a aburrirme.

—¿Ya viste? —dijo mi genio malo, una criatura sumamente perversa, mientras fumaba un largo cigarrillo montado en una más larga boquilla de marfil y bebía una copa de *champagne*—. César acaba de cruzar la pierna.

Y ahí estaba el dedo gordo de su pie izquierdo, calzado con huaraches. Bajo aquella influencia demoníaca le apliqué la llama del encendedor… pasaron los segundos y César, como si le hablara la Virgen.

—¡Ahhh! —gritó al fin.

—Je, je, je —reía el diablillo con su voz cascada.

—Se lo juro que la llama lleva cerca de un minuto en su dedo y usted ni por enterado —me justifiqué—. ¡Póngame atención!

—Está bien, como le iba diciendo —contestó Cesar, abrimos otra cerveza y seguimos platicando, pero pronto volvió a distraerse y a poner los ojos en el libro.

—¡Fíjate, Elko! —volvió a la carga mi genio malo mientras se servía otra copa de *champagne*, sostenía el cigarrillo con su cola ondulante y soltaba humo por su trompa de marrano—. César acaba de cruzar el pie derecho. ¿A poco no es toda una invitación?

—Supongo que César se va a enojar.

—¡Naaa!

—Además Dios puede castigarme.

—No te preocupes por Dios, Elko. En este momento está mirando hacia otro lado.

Bajo el peso de tan incontestables argumentos apliqué la llama del encendedor en el dedo gordo del pie derecho de César. Los segundos transcurrieron, pesadamente y César, como si le hablara la Virgen.

—¡Ahhh! —gritó al fin—. ¡Te pasaste de lanza!

César tomó sus canastitas (afortunadamente no me rompió la mandíbula) y se fue, muy enojado.

Busqué por todos lados a mi genio malo, pero el muy maldito había desaparecido llevándose la botella de *champagne*.

LA IDIOSINCRACIA DE LOS NACOS

De los nacos nunca te puedes librar: los encuentras por todas partes con sus automóviles modificados que se ponen a bailar en los semáforos.

Parecido al *red neck* norteamericano o al guarro español, pero todavía más feo, el naco permea todos los estratos sociales, merced a la movilidad socioeconómica que permite el mundo moderno.

Por cierto la palabra naco viene de totonaca, que para los aztecas eran los bárbaros.

Resulta muy molesto que te cobren el predial bien caro: de cualquier modo los nacos proliferan y adornan los cables con zapatos tenis viejos ya que al parecer les parece cosa bien bonita.

Además del naco ese que arroja los zapatos a los cables hay otro que posee una camioneta *pick-up* que está permanentemente parada a unas casas de la mía: ya hasta le han salido hierbas al pavimento y la caja del vehículo se llena de basura. Quieren hacer del barrio una favela, un *getto* de inmigrantes mexicanos en Los Ángeles.

Hace unos momentos Ratón Malo, que estaba de malas, agarró una bolsa negra de plástico, llena de basura, y fue y la arrojó a la caja del susodicho trasto.

—¡Hey! ¡Pendejo! ¿Por qué tiras basura en mi camioneta? —me gritó el naco y yo le respondí:

—Espera que voy a por la otra.

Me fui caminando, lentamente, y saqué un montón de latas de cerveza y de botellas, a saber quién se las habrá tomado (parece que en mi casa espantan) y la arrojé en la caja de la *pick-up*.

Cuando regresaba por segunda ocasión a mi domicilio la reja de la casa del naco se abrió y el susodicho tipo comenzó a gritar:

—¡Hey! ¡Subnormal! ¡Te estoy hablando! ¡Ven para acá!

Me devolví cansinamente, pero el naco se encerró detrás de la reja de su porche y se puso a hacerme carantoñas.

Desafortunadamente no utilizo bote de basura en el baño, caso contrario le hubiera tirado todo un saco lleno de papeles enmierdados.

Los nacos son legión: Señor, protégenos de los nacos y de sus horribles gustos musicales.

MADAME VOLTAR

François le Sensualité, mejor conocido como *Pancho el Marica*, entró al consultorio de Madame Voltar —su patrona— para realizar el aseo y atender los mandados que la astróloga le encomendase; para su mala suerte la psíquica se había vuelto a inyectar una buena dosis de heroína o bien, se encontraba en uno de esos viajes astrales que realizan cada tanto los tenebrosos practicantes de las ciencias ocultas.

—¡Ay, pero qué terrible trastorno! —exclamó—. Nuevamente deberé atender la línea psíquica.

Afortunadamente François ya se las sabía de todas, todas, e inmediatamente buscó en Internet memolanloshoroscopos.com, ya que los teléfonos comenzarían a sonar en breve.

Hasta eso que aprovechó para probarse el kaftán de Madame Voltar, y el penacho de plumas, y una serie de collares y anillos y pulseras de fantasía, a cuál más chillón, mientras se contemplaba en el espejo al ritmo de *Living la vida loca*, de Ricky Martin.

Apenas comenzaba a disfrutar cuando chilló el teléfono. Raudo y veloz François encendió uno de sus largos y delgados cigarrillos, que montó en una boquilla de marfil, se llevó a los labios la copa de merlot que previamente se había servido y contestó la llamada (eso sí, muy de pierna cruzada):

—Que los cielos te sean propicios, caminante estelar. Estás en el oráculo de Madame Voltar: quieran los hados que te envíen la luz del Unicornio Rosa Invisible.

—¿Madame? —era una voz aguardentosa, patibularia, que se escuchaba al otro lado de la línea, junto a sonidos de cristales rotos.

—¿Sí?

—Necesito que me diga mi destino: écheme las cartas.

—Caminante estelar, dime tu nombre completo, tu fecha y hora de nacimiento y la ciudad y el país donde viste la primera luz.

Al otro lado de la línea se escuchaban cosas que se rompían, golpes tremendos, y música heavy metal.

—Ataulfo Pedroza de Montenegro —dijo la voz en el teléfono— 24 de marzo de 1974, *Shihuahua*, *Shihuahua*, México.

—¡Ay! ¡De Chihuahua! ¡A ver! ¡Di Chihuahua!

—*Shihuaha*.

—¡Pero qué lindo!

François —como anteriormente dijimos— ya se las sabía de todas, todas: era necesario entretener al cliente el mayor tiempo posible a fin de generar mayores ingresos; no obstante el golpe seco de un marro golpeando una pared le incomodaba, así que se atrevió a preguntar:

—Oye, corazón, ¿por qué hay tanto ruido?

El estrépito de lo que parecía ser un trastero lleno de platos de cerámica y copas de cristal hirió los delicados oídos de François; además se escuchaba como que rasgaban telas y prendas de cuero.

—Estamos remodelando —contestó Ataulfo.

—Bien… caminante estelar: veo que perteneces al signo Aries, que domina los cielos: en breve te verás en problemas con la ley; pero conseguirás librarlos.

—Dime algo que no sepa, Madame.

—Veo una ruptura del corazón, una torre destruida, carreteras infinitas… viajes, y problemas con la ley.

—Eso ya se sabe: ahora dime mi carta astral.

—Corazón de melón, la carta astral lleva cerca de 15 minutos realizarla y el costo se incrementa bastante; yo nada más te aviso por ética del consultorio.

—Mira, la zorra de Yahaira (hasta el nombre de zorra tiene) me dejó por un licenciado de corbatín, así que estoy en su departamento destruyendo sus cosas; por mi carga a su cuenta telefónica todo lo que se te venga en gana (total ya tiene un montón de llamadas a Indochina, Quatar y otros países exóticos).

François, quien sorbía de su copa de merlot, tosió arrojando el líquido escarlata: casi se le despintan las uñas y se le caen las bragas ante tamaña muestra de barbarie:

—¡Pero eso está muy mal! —atinó a decir—. Te puede traer muy malas vibras.

—¡A ti que te importe un pito, que vas a recibir tu dinero! ¡Dame mi carta astral, mi estudio de numerología y la oración secreta de Satán para burlar a la policía!

Aterrorizado, François colgó el aparato.

—¡Ay, pero qué canijo trastorno! —exclamó. Se sirvió otra copa de merlot, encendió un cigarrillo y contempló a Madame Voltar: un hilillo de baba argentado y lunar descendía, suavemente, desde la comisura de sus labios hasta la suave superficie de la funda de seda de su almohada: François se apresuró a consultar su horóscopo.

EL CLUB DE LOS HORRORES

Viajábamos en carretera a bordo de un automóvil Fiesta color blanco, Gabriel Ávila iba al volante y Mario Flores en el asiento del copiloto mientras que Juan Campos y yo ocupábamos los asientos traseros.

—Páseme otra cerveza —gruñó Gabriel— y un cigarrillo, encendido.

Jhonny destapó la hielera mientras yo le encendía un cigarrillo a Gabriel ya que es necesario tener contento al chófer. Gabriel le dio un trago a la cerveza y rugió de satisfacción:

—¡Capitán! ¡Esta cerveza está en su punto!

—Oye —preguntó Mario—, ¿falta mucho para llegar a ese lugar que tanto nos has platicado? Ya tengo hambre y a este paso la carne se va a echar a perder.

—¡Tenga paciencia, señor! —rugió Gabo—. Ese sitio les va a encantar, está lleno de árboles y lo cruza un arroyito muy agradable: es perfecto para un día de campo.

Como el lugar no aparecía me entretuve mirando los pinos que parecían correr en sentido contrario.

—Pues yo digo que nos detengamos en cualquier punto, total que donde quiera hay árboles —comentó Jhonny.

—¡Señor! —dijo Gabriel mientras se giraba hacia nosotros— el lugar que les digo…

—¡Cuidado! —grité ya que un tráiler salió sorpresivamente de un camino de terracería; Gabriel lo esquivó, pero perdió el control del vehículo y nos salimos de la carretera hacia una abrupta pendiente. El vehículo volcó y fuimos a dar a un claro lleno de bancas y cenadores pintados de blanco.

El automóvil quedó con las llantas hacia arriba; afortunadamente solo teníamos golpes leves y conseguimos salir del Fiesta.

—¡Mi carro! —gritó Mario, furioso— ¡Ya me lo echó a perder!

—Le dije que no dejara conducir al Gabo —opinó Jhonny.

Un anciano vestido de blanco, al que le faltaba una pierna y caminaba con ayuda de muletas se acercó a nosotros:

—¿Necesitan ayuda?

—Gracias —respondí—, ¿tendrán un teléfono que nos puedan prestar?

—Claro —dijo el viejo—, ustedes se encuentran en el área de un club para personas de la tercera edad y afortunadamente contamos con un teléfono. Síganme, por favor.

El viejo caminaba cansinamente y nosotros lo seguíamos. Mario Flores cojeaba visiblemente ya que se había golpeado en una pierna y el dolor comenzaba a subir de intensidad.

Llegamos a una especie de campamento muy concurrido por viejos que parecían estar celebrando algún aniversario toda vez que bebían ponche, comían un pastel reseco, ensalada de pasta con trozos de jamón y una porción de gelatina en platos de cartón.

Un anciano de color, que nunca parpadeaba y que tenía unos ojos que brillaban como vidrio, tocaba una guitarra mientras cantaba *Me and the devil*, de Robert Johnson, quien según la leyenda vendió su alma al diablo en el cruce de la autopista 61 con la 49 en Clarksdale, Mississippi, para tocar la guitarra mejor que nadie:

Early this morning
When you knocked upon my door
And I say hello, Satan
I believe it´s time to go
Me and the devil
Was walking side by side

—¡Pero mire nada más cómo viene, joven! —dijo una mujer en silla de ruedas dirigiéndose a Mario—. Por aquí tenemos el botiquín, le voy a dar un analgésico.

Mario se fue detrás de ella.

—¿Nos podrían prestar un teléfono para pedir una grúa? —preguntó Gabriel a nuestro guía.

—Claro —contestó—, es por aquí.

Lo seguimos hasta una zona llena de cobertizos cubiertos de pintura blanca, descarapelada. En unas oficinas había un teléfono de disco junto a una vieja máquina Remington y unos archiveros de metal que seguramente les habían donado poco antes de la Segunda Guerra Mundial.

Gabriel descolgó la bocina, pero el teléfono no servía.

—¡Maldita sea! Y para variar nadie trae saldo en su celular. Vamos a preguntar a los miembros del club si alguien nos puede prestar un móvil.

—Esperen —dijo el anciano mientras revolvía en una caja de herramientas, pero sus movimientos eran tan lentos y desesperantes que hicimos como que no lo escuchábamos y volvimos al área de los cenadores.

Estuvimos preguntando a los ancianos si tenían un celular y ellos nos miraban con una sonrisa… ¿perversa?

Gabo nos llamó aparte:

—Muchachos, ¿notan algo raro?

—Sí, que parece la película de Cocoon —contesté.

—A todos les falta un miembro: fíjense bien —remató Gabo.

Paseamos la mirada por los viejos vestidos de blanco: a uno le faltaba una mano, a otro un brazo, al de allá una pierna, a ése una oreja; hasta había uno con una nariz de oro sostenida en su rostro gracias a bandas chapeadas con el mismo material.

—¿Dónde está Mario? —preguntó Jhonny y como si lo hubiera invocado Mario apareció corriendo y gritando, con el rostro todo ensangrentado.

—¡Muchachos! ¡Muchachos! ¡Son unos monstruos!

Unas manos sarmentosas capturaron a Mario y vimos cómo un grupo de viejos, armados con una variopinta colección de objetos punzo cortantes caían sobre nuestro amigo, como buitres.

—¡Hey! —gritó Gabo—. ¡Déjenlo en paz!

Jhonny le tiró de la camisa mientras señalaba a los ancianos de las mesas:

—Gabo, mira. ¡No mames, güey! ¡No mames!

Debajo de los manteles los abuelitos sacaban garfios, hachas, machetes, pinzas de jardinería, cuchillos y otras herramientas, algunas con la hoja oxidada.

Huimos cobardemente hacia los cobertizos mientras escuchábamos los alaridos de Mario.

Como Gabriel y yo éramos más robustos Jhonny corría muy por delante de nosotros. De pronto lo vimos caer al suelo, donde se retorcía de dolor: un filoso alambre se había atravesado en su camino para rasgar su pantalón y, debido al impulso, rebanarse la carne de las piernas hasta dejar el hueso al descubierto, de las rodillas hacia abajo.

—¿Qué hacemos, señor? —preguntó Gabo.

En eso el anciano que nos había servido de guía apareció con una hoz como las que utilizaban los druidas para la

colecta del muérdago. El anciano reía, cloqueando, mientras nos miraba con ojos desorbitados, demenciales.

—¡Ayúdenme! —gritaba Jhonny, desesperado.

Cuando nos disponíamos a enfrentar a ese viejo horrible vimos que de las callejas surgía una horda de ancianos mutilados que blandían filosas herramientas.

—¡Por aquí! —gritó Gabo y corrimos hacia lo que parecía ser un almacén.

Atrancamos la puerta por dentro y callamos mientras escuchábamos los lamentos de Jhonny y las carcajadas enloquecidas de los ancianos.

—¿Qué hubieran hecho los miembros de las S.S., señor? —le pregunté a Gabo.

—No tengo ni la menor idea —contestó Gabo—, pero creo que el mismísimo Führer estaría cagado de miedo.

Saqué el encendedor: encontramos una vela e iluminamos tenuemente la habitación, que estaba llena de maquinaria y, en un rincón, de ropas viejas.

En un estante pudimos ver, apiladas en orden, cientos de latas con una etiqueta que mostraba a un cachorro contento y que decía:

Toby, alimento para perros

Gabriel tomó una de las latas y leyó la letra menuda:

—Cada vez que usted compra una lata de *Toby, alimento para perros*, está apoyando al albergue de ancianos *Arcoiris*. Gracias por su ayuda.

Gabriel dejó la lata en el estante y exclamó:

—¡Demonios!

Luego tropezó con algo en el suelo. Al acercar la vela descubrió que se trataba de la anilla de una compuerta.

—Parece que hay un sótano. Bajemos a investigar para ver si encontramos una salida o algo con lo que podamos defendernos de esos desquiciados.

Gabriel levantó la trampilla y comenzó a descender por unas escaleras de madera. Cuando me disponía a seguirlo Gabo gritó: podía escucharse el chop-chop del metal cortando la carne, y las risas cascadas de los ancianos. Rápidamente cerré la trampilla y empujé un mueble para cerrar la puerta.

Afuera los ancianos golpeaban las paredes de tablas, que cedían rápidamente permitiendo el paso de los rayos del sol.

Desperté bañado de sudor: eran las tres de la madrugada.

—¡Dios mío! —pensé—. Demasiadas películas de terror, y esa hamburguesa con papas debió caerme pesada.

Me puse mi bata y me preparé un café para calmar mis nervios, así que salí al porche y encendí un cigarrillo.

Entonces lo vi, al otro lado de la reja: era un anciano al que le faltaba una pierna y caminaba, en medio de la calle, apoyándose en muletas, mientras cantaba:

Early this morning
When you knocked upon my door
And I say hello, Satan
I believe it´s time to go
Me and the devil
Was walking side by side

SARA WILLIAMS, IN LOVE

Mustafá despertó: la maldita micosis le picaba salvajemente entre los dedos de los pies por lo que tomó un cepillo de alambre de su compañero de celda para rascarse; su compañero de celda era un sirio cristiano que siempre le vaciaba el urinal y, si bien el sirio le servía puntualmente, Mustafá se había levantado de malas, así que le aplicó varias bofetadas:

—¡Ábreme la reja, bufón! —le dijo Mustafá al sirio y este se apresuró a buscarse la llave que traía colgada del pescuezo.

Mustafá recorrió los pasillos de la prisión, pasillos que apestaban a orines, a sudor rancio y a cigarrillos baratos.

—¡Hey! ¡Mustafá! —lo llamó un terrorista marroquí—. ¡Tres dinares si me das una mamada!

—Esta vez no, amigo, traigo entre manos un buen negocio, merced a mi conocimiento del inglés.

—Maldito presumido: ya volverás cuando se te acabe el dinero.

Mustafá se encogió de hombros y siguió su camino; en seguida pidió hablar con Muhammed Abín, el jefe de los guardias, quien lo recibió en su despacho mugriento.

—Que el profeta, la paz sea con él, te conceda largos días y prosperidad.

Muhammed, quien sufría de almorranas, se rascó el trasero y, luego de olerse la punta de los dedos, respondió (hasta eso que se tomó su tiempo):

—Que el profeta, la paz sea con él, te haga llevadera tu condena. ¿Qué te trae por aquí?

—¡Oh! ¡Protector de los desfavorecidos! Te venía a pedir que me prestaras una computadora, con acceso al Wi-Fi, ya que he estado mejorando mi inglés.

—Últimamente no has tenido mucho éxito.

—Lo sé; pero con la ayuda del profeta, la paz sea con él, podré aplicar una yihad cibernética.

—Sea: la tarifa es la de siempre.

Mustafá agradeció a Muhammed y regresó a su celda.

Nuestro héroe —ducho navegante del "feis", al que se había vuelto adicto como si fuera un occidental, y hasta a veces se perdía en las charlas y no alcanzaba a reunir la cuota— rápidamente armó un perfil con un nombre seductor, norteamericano: "Sara Williams"; para esto se bajó una fotografía de una modelo generosamente dotada con unos pechos entre cuyos pliegues descansaba un dije y se metió a la Web, a la caza de los infieles.

Para su mala suerte Mustafá consideró que el Ratón Malvado (quien se encontraba bebiendo café en el porche y meditando acerca de la concatenación fenoménica del Universo) tenía cara de pendejo.

—Este infiel me será de utilidad con la ayuda del profeta (la paz sea con él) —pensó Mustafá y me pidió amistad, con el alias de Sara Williams, cosa que me pareció muy extraña ya que las gringas no suelen interesarse por otras culturas y mucho menos por

literatura hispánica o música germánica gótica, que es lo que mayoritariamente publico en el "feis", además de algunas majaderías.

La siguiente conversación transcurre en inglés; pero no os preocupéis, que la he traducido:

—Hola —dijo Mustafá, o Sara, como queráis—. Estaba contemplando tu impactante belleza masculina, tu rostro varonil y, prendada de ti, te he enviado una invitación.

—Sí, ya veo —contesté, asombradísimo de que las gringas finalmente me hicieran justicia.

Luego me dijo que era una chica que deseaba conocer a un hombre de verdad, a una persona auténtica, y que vivía en Ghana, a donde había ido porque su padre había muerto, y que por alguna desconocida razón su madre se había mudado de U.S.A. al susodicho país, y que tenía problemas económicos, y que si le podría enviar 100 dólares, y que le urgían.

Le respondí que no tenía trabajo y me preguntó por la marca de mi teléfono celular y cuando le respondí ella me pidió que lo vendiera y le enviara el dinero, inmediatamente, y yo le contesté que sí, que en breve lo haría.

Supongo que Mustafá, quien por cierto no sabía qué es Paypal (y eso que se suponía que era una gringa) sigue esperando el depósito.

RIGO ES AMOR

Se dice que en la Universidad Autónoma de Chihuahua, UACh (una especie de Universidad de Miskatonic), como en todas las universidades, se aloja una serie de parásitos que, merced a sus relaciones políticas, que no a sus méritos, medran, y hasta pasan por grandes intelectuales en las fiestecillas donde se bebe vino barato y se dicen cosas como:

—Oh, si, querida, "nunca pensé que en la felicidad hubiera tanta tristeza".

Por alguna desconocida razón se cita al mercachifle de izquierdas de Mario Benedetti (y a los universitarios no les da pena citarlo) como si se tratara de un escritor serio, y eso que el buey jamás vendió un Ferrari, ni creó los siete hábitos de las personas altamente efectivas (jodido estoy entonces), ni supo volverse rico, como decía Napoleón Hill.

El caso es que Armando Molina, un tipo de esos que desde chiquitos hacen pesas (y que parece un gladiador romano de pura cepa) fue convocado por el maestro Heriberto Ramírez Luján, a fin de que le sirviera de guarura.

Se trataba de ir a ver cuántas propiedades más le habían robado a la Universidad los putos políticos metidos a

rancheros, e incluso los paracaidistas. Supongo que para hacer un escrito que habrá de dormir, si es que a Heriberto se le ocurre redactarlo, o si alguien le echa la mano, en los sacrosantos estantes de las bibliotecas de la UACh.

Total, y a mí no me consta, pero me dijeron las malas lenguas, y de esas hay muchas, que se fueron de viaje bebiendo cerveza y comiendo chicharrones con *Salsa Valentina* hasta llegar a los ranchos de la Universidad ante cuyo lamentable espectáculo el maestro Heriberto, exclamó:

—¡Ah, qué caray!

Armando Molina guardó silencio ante el justo lamento del prócer, que lloraba la pérdida del territorio de los magos a manos de los pendejos.

Muy compungido el maestro, que había cumplido su misión, le dijo a Armando que manejara el vehículo de regreso, y para aderezar su pena sacó una bolsita llena de mariguana y se forjó un porro.

El maestro iba muy seguro con su guarura, pero en un retén los paró una bola de indios bien chiquitos, si bien armados con unos Xiuhcóatl FX-05 enormes, también conocidos como *La serpiente de fuego*: se trataba ni más ni menos que del Ejército Mexicano y las pesas, el poder personal, y cualesquier idea que vosotros tengáis acerca de la raza aria (a la que ciertamente no pertenecía el maestro Heri), en ese momento valían madre.

—A ver mi comandante, estos pinches chihuahuitas vienen fumando mota —dijo un enano oaxaqueño que portaba un riflote y que se paseaba, ufano, en medio de la carretera.

—¡No se vale! ¡No se valeee! —protestó, justamente, Heri, quien recordaba las sacrosantas disposiciones de nuestro queridísimo presidente, "DON" Vicente Fox Quezada, acerca del derecho de portar cierta cantidad de drogas ilegales para consumo personal, que no para su cochino comercio.

—Además "semos" gente de la UACh que andamos en una misión de reconocimiento.

El maestro Heri lo decía tan bonito, con tanta indignación, agitando sus hermosos cabellos que los milicos, seducidos, comenzaron a aplaudir, mientras cantaban:

—¡Rigo! ¡Rigo! ¡Rigo!

Hasta uno comenzó a cantar eso de "mi Matamoros querido, nunca te podré olvidar". Ya se sabe.

—¡Vuelta! ¡Vuelta! ¡Vuelta!

Al maestro Heri, merced a su parecido con el tal Rigo Tovar, no le quedó de otra que danzar.

Finalmente los putos milicos, que en bola son buenos, decomisaron toda la cerveza (se precisa reconocer que les dejaron un six) y les permitieron retirarse, con mucho respeto hacia la UACh (hasta eso que esos cabrones reconocen la superioridad de los estudios).

—¡Ah! ¡Qué caray! —dijo Armando Molina, ya de regreso.

—Sí, qué caray. —coincidió el maestro.

ATENTO AVISO A LOS LECTORES

Revisando la obra de mis autores favoritos me he encontrado con una curiosa teoría de Óscar Wilde. Durante las copiosas cenas que acostumbraba el maestro, este preguntaba:

"¿Sabía usted que beber alcohol en cantidades suficientes produce todos los efectos de una borrachera?"

Motivado por un mero afán científico me he puesto a beber absenta desde la mañana y debo dar fe, por increíble que parezca, que todo lo que dijo Óscar Wilde es verdad.

Pongo como testigo al Hada Verde.

Todo sea por amor a la ciencia. ¡Dios! Los sacrificios que tiene uno qué hacer en beneficio de las masas indoctas.

That is all.

AL ESTILO MONTERREY

A los compadres don Lupe y don Remigio se les había ocurrido irse a Monterrey: recientemente divorciados, tenían buenas referencias acerca de las putas regiomontanas, así que decidieron partir:

—Fíjese, compa, que la carretera está llena de indios horribles.

—Ádio.

—Verdá e Dio.

—¿Y Cómo jabe ujté?

Don Remigo era el clásico pendejo al que era necesario explicarle con pelotas y con dinosaurios todas las realidades de la vida.

—Afíjese ujté, compadre, que cuando a lo narco je le pasa la mano se llena de federale y como lo narco no molejta al comerjio pequeño, puej viene la bola de indio quejque federale y te dice:

—A veeeeeeer, hijo de tu puuuuuuuta madre. Soooooooy federal, soooooooooooy federal.

—Uno creería ejtar viendo un jtromtropeer, pero je quitan loj cajco y je le ve la cara aindiada.

—Ejo bigote dindio.

—Ejactamente.

—Ejactamente.

—Eit.

—Eit.

El silencio se volvía opresivo: de pronto, un retén al estilo mexicano: una bola de tíos que no terminaron ni el colegio, uniformados y armados a nombre del gobierno mexicano (pueblo que sin lugar a dudas jamás destacará, fuera de cuestiones gastronómicas y culturales y por culpa de esos pendejos que son legión en este país) dijo:

—A veeeeeeeeeeeeeeeer, hijos de su puta maaaaaaaaaadre. Pasarán la revisión, pinches chihuahuitas mata mujeres.

Remigio, quien venía manejando, pasó a la revisión y luego de un rato le dijo al compadre Lupe:

—Puej que jigue ujté.

—¡Adio!

Don Lupe se encaminó hasta el grupo de esos mandriles, que hasta parecían humanos, y uno de ellos le dijo:

—A veeeeeeeeeeeeeer, hijo de tu puuuuuuuuuuuuuta madre, soooooooooplale.

—Pero oficial, si eso no es un alcoholímetro, sino una polla, y bien chiquita, de esas de pinche indio.

—Aaaaaaaaaaandaleeeeee, si este no está tan peeeeeeeeeeedo. Circulando, circulaaaaaaaando.

Los compadres subieron a la camioneta y siguieron charlando; don Lupe dijo:

—Una vej conojí a un bato que había puejto una biblioteca con puroj libroj nuevo y cuando le preguntábano que ji por qué no lej había quitao la cubierta de papel cochar, el bato decía: "Que para que no je gajten".

—¿Qué no era papel couché?

—Ejo.

—Ejo.

—Oiga compadre.

—Dígame.

—Todavía falta mucho para llegar a Monterrey y jin duda habrá otroj puntoj de revijión. Dijen que lo shavalo de Monterrey, para burlar loj retenej, empapan una borlita de algodón y je la meten por allá, donde ujté jabe.

—¡Ádio! ¿Por dónde!

—Puej por allá.

—Puej no e mala idea, compadre; detenga el coche y jacamo la botella de whisky y hajemo el ejperimento.

Los compadres detuvieron el coche y procedieron a realizar el experimento que, según reportan, fue todo un éxito, ya que se la pasaron todo el camino en completo estado de ebriedad, cantando puras de José Alfredo Jiménez sin que tuvieran aliento alcohólico.

EXCOMUNIÓN

Me había esforzado tanto mientras contemplaba la lluvia y las lunas remotas, y de los dioses los rotos templos que soñaban otros días, otras latitudes: archipiélagos demenciales, llenos de flores, de cascadas, de belleza y tranquilidad.

Lugares donde pudiera amar, sin la sombra del pecado.

Lugares donde una mujer y un hombre pudieran ser ellos mismos.

Pero los bárbaros, siempre a las puertas.

Finalmente llegó un tío (ya sabéis que uno tiene muchas relaciones entre las altas clases sociales) quien me dio a conocer que, efectivamente, yo estaba excomulgado, y que todos los títulos nobiliarios concedidos por la Santa Sede a mi familia (como si la nobleza se concediera) habían sido derogados.

Igual para lo que sirven, hoy en día, los títulos nobiliarios, fuera de un adorno *nice* para gente de mucho dinero.

De cualquier forma yo buscaba mi nombre en ese periodicucho de la Iglesia, con esa mezcla de angustia y

esperanza que muestran los estudiantes de prepa cuando quieren entrar a la Uni.

Me acordé de Yantl, esa india bonita, cuando me acompañaba para buscar nuestros nombres en las listas: ella no tuvo suerte; pero yo sí que estaba excomulgado.

¡Demonios! ¡No se confundan con los tiempos!, si bien yo me he confundido (eso pasa con los viajeros interdimensionales).

El caso es que terminé excomulgado:

Ex Auctoritate Dei omnipotentis, Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, et sanctorum canonum, sanctaeque et intemeratae Virginis Dei genetricis Mariae, atque omnium coelestium virtutum.

Posteriormente siguen algunas maldiciones sobre todas las partes de mi cuerpo; pero como este es un blog decente, fíjense, no podemos publicar tamañas majaderías. El texto continúa:

Excommunicamus et anathematizamus hunc Mus Malum, et a liminibus sanctae Dei ecclesiae sequestramus ut aeternis suppliciis excruciandus mancipetur, cum Dathan et Abiron, et cum his qui dixerunt Domino Deo, "recede a nobis, scientiam viarum tuarum nolumus". Et sicut aqua ignis extinguitur, sic extinguatur lucerna eius in saecula saeculorum nisi resipuerit, et ad satisfactionem venerit.

Maledicat illum Christus Filius Dei vivi toto suae majestatis imperio et insurgat adversus illum coelum cum omnibus virtutibus quae in eo moventur ad damnandum eum, nisi penituerit et ad satisfactionem venerit. Amen. Fiat. Fiat. Amen.

Lo anterior podría traducirse así:

Por la Autoridad de Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, de los santos cánones, de la santa e incorrupta Virgen María Madre de Dios, y de todos poderes celestiales.

Excomulgamos y anatematizamos a este Ratón Malvado, y lo segregamos de los límites de la santa Iglesia de Dios a fin de que sea entregado a padecer los suplicios eternos, junto con Dathan y Abirón y con aquellos que dijeron al Señor Dios: "apártate de nosotros, no queremos saber de tus sendas". Y así como el fuego es extinguido por el agua, así se extinga su luz, por los siglos de los siglos, a menos que se haya arrepentido y ofrezca justa reparación.

Le maldiga Cristo, Hijo del Dios vivo, con todo el poder de su majestad, y se alce contra él el cielo con todas las potestades que en él se mueven para condenarlo, a no ser que se arrepienta y ofrezca justa reparación. Amén. Hágase. Hágase. Amén.

Yo estaba emocionadísimo: ¡finalmente tomaban a los poetas en serio!

Esperaba un pergamino sellado con cera, con un listón escarlata, el escudo de armas del Vaticano y toda la cosa, para declarar mi condenación.

¡Oh, decepción! *Lacrimae mundi! Capitis deminutio!* Tuve que conformarme con un maldito recorte de periódico.

¡Maldita sea! En los tiempos que corren hasta la Santa Sede está perdiendo el estilo, y luego dicen que debo ser tolerante con las religiones del desierto.

THE PREACHER

—¡Dedezitamo una nota periodízticaz con máz garra! ¡Adgo que emodione a lo televidente! ¡Una declarazió en exclusiva! —volvió a ladrar el jefe de información de Televisa, Carlos Omar Barranco. Todos estaban apuradísimos, excepto Jhonny y yo, que ya nos sabíamos el cuento.

Salimos de la televisora, con una pereza absoluta y total, cargando la "tres cuartos", una video cámara antediluviana que ya únicamente era posible encontrar en Chihuahua, en Belice y en Biafra, y que consistía en una pañalera que contenía una enorme video casetera a la que se conectaba una cámara similar a una metralleta de la Segunda Guerra Mundial.

Jhonny y yo abordamos el vehículo pintado de un azul horroroso, con un logo amarillo chillón, y desobedeciendo (para variar) las órdenes de información, nos dirigimos a San Pedro, donde vendían unos burros de picadillo con aguacate que estaban de miedo.

Pedimos dos refrescos y los dejamos en la barrita trasera mientras despachaban los burros; el loco de los burros aprovechó para beberse nuestros refrescos y consiguió

atrapar medio burro del bote de basura, al que quitaba las hormigas con el dedo índice.

—¡Demonios! —dijo el Jhonny— ¡Este cabrón nos volvió a dejar sin las gaseosas!

Así que tuvimos que pedir otras bebidas y un burro para el loco.

Una vez satisfechos saqué la cajetilla de cigarrillos, le ofrecí uno al Jonás, tomé otro para mí y comenzamos a fumar.

Y hablando de locos en eso se acercó el *preacher*, un lunático bastante pintoresco que siempre calzaba sandalias, usaba un poncho, se colgaba del pescuezo un rosario y una enorme cruz de madera, llevaba un morralito tejido (al puro estilo de los indios y de los *hippies*) además de que gastaba pelo y bigote entrecanos, y con una voz atronadora, endemoniada, que recordaba a ese otro demente, Isaías, se dirigió a Jhonny:

—¡Tire ese cigarro! ¡Se le van a pudrir las tripas!

Jonás tiró el cigarrillo, como si fuera una serpiente.

—¿Por qué lo tiraste? ¿Qué te piensas que los cigarrillos se dan en los árboles?

—¡Me mal vibró!

—Baboso.

Abordamos el vehículo azul horroroso con logo amarillo chillón y nos dirigimos al obispado para entrevistar a monseñor José Fernández Arteaga.

Ese viejo siempre me lo encargaban a mí porque a nadie más le concedía entrevista ya que el resto de los reporteros, haciendo gala de sus orígenes plebeyos, no sabía tratar a los príncipes de la Iglesia y le decían cosas como:

—¡Psch! ¡Psch! ¡Obispo! ¿Qué opina acerca de?..

¡Malditos irrespetuosos! Si viviera Vladimir Vlad Dracul los empalaría a todos, por ignorantes. A los obispos se les trata de "monseñor", "¿me concedería usted una entrevista para enviar un mensaje al rebaño?" etc.

Además monseñor no sabía que soy sobrino del padre Dizán Vázquez ya que, de lo contrario, me hubieran llovido anatemas.

El caso es que nos detuvimos frente al obispado y bajé la pañalera y el micrófono, si bien me parecía de lo más injusto cargar con esos artefactos porque yo no era el camarógrafo y los poetas deberían cargar únicamente una libretita, una pluma del siglo XVIII y una botella de absenta; pero el Jonás se ponía como energúmeno y yo debía transigir.

Total que el Jonás buscó la cámara y se encontró con la maravillosa sorpresa de que no se encontraba en el vehículo, así que tuvimos que devolvernos al estacionamiento de Televisa donde vimos el cacharro en el piso de grava.

Media hora después regresamos al obispado: la clásica tía de bigotes y cara de esfínter fruncido que medra en las oficinas eclesiásticas nos hizo esperar 45 minutos: finalmente nos recibió monseñor.

—Monseñor —le dije— ¿Nos concedería un mensaje de Semana Santa para los feligreses?

Monseñor gruñó un asentimiento, despidió a la monja que le hacía pedicura y luego de echarnos la bendición, se aclaró la garganta y se dispuso a enfrentar a la lente.

—Tres… dos… uno… —dije—. ¡Muy buenos días, monseñor! Se dice que estas fechas se prestan para el recogimiento y para meditar acerca de la Pasión de Cristo; pero nadie mejor que usted para enviar un mensaje a los feligreses.

—Sí, Elko, mira… —y comenzó una pesada disertación; entonces Jonás se puso a hacerme carantoñas. ¡Maldita sea! ¿No había fumado su dosis matutina de mariguana? Lo ignoré: el muy maldito no iba a arruinarme la entrevista.

—¡Que te den por saco, mister Flais! —pensé.

Y entonces, ¡oh, demonios!, el Jhonny se atrevió a interrumpir la entrevista, el muy perro.

—¡Corte! ¡Corte!

—¿Pero qué pasa? ¿No ves que el tiempo de monseñor es precioso?

—El casete está defectuoso —dijo Jhonny.

—Monseñor, ¿podemos ir a Televisa por un casete en buenas condiciones?

—A ver si me encuentran —dijo monseñor, enfadadísimo; pero yo no podía perder mi reputación y le dije:

—Acabo de pasar por una tienda de dulces artesanales donde venden esos limones cristalizados rellenos de coco, que se comen con todo y cáscara, y pensé que a monseñor le gustaría probar algunos; pero ya que no lo vamos a encontrar, volveremos otro día.

El viejo abrió un cajón, se caló las gafas, hizo como que revisaba una agenda y respondió:

—No, hijos, al parecer la agenda está libre: si no demoran mucho aquí los espero.

Salimos de las silenciosas oficinas y una vez en el estacionamiento le reclamé al mister Flais.

—¿Pero qué te pasa, imbécil?

Blandí el micrófono alámbrico como un látigo. Jonás recibía el castigo de los microfonazos; pero atinó a cubrirse con la cámara.

—¡Perro maldito!

Jonás atrapó el micrófono y comenzó a darme volantín: rodé como siete metros más lejos; entonces cargué como un ariete: ese bastardo grandullón tenía que pagármelas.

Ratón Malo cargó con todas sus fuerzas, y además tiraba tremendos puñetazos; pero Jonás detenía con uno de sus largos brazos la cabeza de Ratón. Ya estaba yo por utilizar una de mis técnicas secretas de ninjutsu cuando Jonás dijo:

—¡Pérese, mister Endo! ¡Pérese, chingao! Los casetes no están descompuestos. Se nos olvidaron en el depa, anoche, en la fiestecilla.

¡Maldita sea! Tuvimos que ir a por los casetes, detenernos en la dulcería artesanal por una canastita aderezada con una docena de esos limones cristalizados y

rellenos de coco (que por cierto lucían bien monos) y repetir el trámite con la vieja bigotona con cara de esfínter fruncido, quien volvió a hacernos esperar 45 minutos.

Una vez con el precioso mensaje de monseñor, que aguardaba con ansias el rebaño, Jonás y yo nos dirigimos a la vinatería más cercana para comprar unas botellitas de vodka y unos jugos de naranja.

La mañana laboral casi había terminado con nosotros, así que nos pusimos a filosofar:

—Mister Flais —le dije— ¿Quién cree que ganaría? ¿Supermán o Conan el bárbaro?

—¡Diablos! —dijo Jhonny—. Es odioso reconocerlo; pero creo que ganaría ese ñoño.

—¡Estás pero requete bien pendejo! Por supuesto que, con el guionista adecuado, Crom dejaría una espada de kriptonita, convenientemente, en algún templo olvidado, y Conan la encontraría y le partiría toda la madre a Supermán.

—¡Crom! —dijo Jhonny.

—¡Crom! —contesté.

Nos quedamos meditando un rato hasta que se terminaron las bebidas y caímos en la cuenta de que se acercaba la hora de edición.

—Mister Endo —dijo Jhonny—. Son cuatro notas, llevamos una y faltan 45 minutos para la hora de edición.

—¡Por Satanás! ¡Tienes razón! Dirígete a Cabildo y ya les preguntaremos cualquier estupidez a los regidores.

Conseguimos tres entrevistas (vestiríamos las notas con imágenes de archivo), y eso que el mister *Pills* se moría de risa (por efectos de su inveterada costumbre de fumar mota) filmando la panza de un regidor del PRD, cuyo ombligo sobresalía de la camisa desabotonada, por lo que tuvimos que repetir la entrevista.

Salimos del Palacio Municipal con una pereza enorme, devastadora: Jhonny cargaba la cámara y yo la pañalera y el micrófono y en eso, ¡oh, dioses!, se nos acercó el *preacher*, gritando con su voz atronadora, como un Isaías redivivo.

—¡Esa juventud! ¡Puras caguamotas! ¡Puras copas de absenta!

Le pregunté a Jhonny:

—Oiga, ¿ese tío nos sabe algo o nos lo dice al tanteo?

—Desconozco, mister Endo.

The Preacher estaba enfadadísimo: había visto la calaca de *Misfits* estampada en la camiseta negra de Jonás, así que se devolvió y siguió gritando:

—¡Pueblo de Israel! ¡Jehová os castigará por vuestra impiedad! ¡Por vuestra fornicación! ¡Idólatras! ¡Hijos de Babilonia la grande, la ramera, la que se ha emborrachado con el vino adulterado de las naciones!

Supongo que se refería a los diputados (nosotros no ganábamos tanto como para ir a por las tías esas, internacionales); pero el energúmeno cargó contra nosotros, extendiendo sus zarpas, al mero estilo de Bela Lugosi.

—¡Córrale, mister *Pills*! Si nos toca, este cabrón nos cubre de lepra, como acostumbraba Isaías.

The Preacher lanzaba anatemas, que salían de su boca, visiblemente, como encarnadas salamandras, mientras corríamos por toda la plaza de armas. Yo conseguí treparme a una de las musas municipales, en cuyos broncíneos y paganos pechos refugié mi rostro y cerré los ojos; por su parte Jhonny se montó en una de las esfinges y se puso a chillar, como vieja.

Yo también lloraba, pero como los meros machos, a diferencia de Jhonny. Y es que al *preacher* hasta el mismísimo Patricio Martínez, legendario sátrapa de Chihuahua, le tenía miedo cuando se aparecía en sus discursos y no lo bajaba de ídolo falso, por lo que sus gorilas tenían que retirarlo, con absoluta gentileza, del lugar.

Isaías recogió el micro y comenzó a darle de microfonazos al mister Flais, en el lomo, y la mochila verde, de lona militar, donde Jhonny siempre traía su dotación de mariguana, se desgarró.

—¡"Abájate", blasfemo! ¡"Abájate", mariflor!

Era un escándalo ver cómo caían las colas de mota; pero lo más terrible fue cuando cayó el innombrable, repulsivo, infame volumen del Necronomicón, del árabe loco, Abdul Alhazred, que yo le había prestado a Jhonny para que le echara un vistazo.

The Preacher tomó ese volumen agusanado y lo abrió, al azar.

El predicador comenzó a cantar, mientras aplaudía:

—¡Alabaré, alabaré, alabaré, alabaré, alabaré a mi Señor!

El tío se fijó en uno de los sigilos que vienen en el Necronomicón, específicamente en el signo de Koth, y dijo:

—¡Pobres jóvenes incrédulos, que depositan su fe en estas supercherías que no tienen poder!

Y trazó en el suelo el signo de Koth con la punta del dedo índice.

Las palomas huyeron, la catedral se volvió puro silencio y entonces, ¡oh, dioses!, el predicador levitó, pataleando y manoteando entre alaridos, y fue partido en dos por una criatura invisible y si bien la sangre manaba de su cuerpo ésta no llegaba a caer al suelo, sino que desaparecía en la nada, junto a sus entrañas.

Los buenos chihuahuenses se hacían de cruces mientras el predicador era absorbido en el vacío por los dioses olvidados, que bailan estúpidamente más allá de las estrellas, en los insondables confines de un tiempo que no es tiempo.

Jhonny y yo nos bajamos de las estatuas, así que le dije:

—Usted no vio eso, Jonás.

—No, no, no, no, no… —contestó.

—¡Aquí no ha pasado nada, señores! —grité a la concurrencia y todos comenzaron a alejarse.

—La peda se va a organizar en casa del Batillo: van a ir unas furcias —dijo Jhonny.

—Sí, claro.

—Güeritas, como le gustan.

—Sí, sí…

Nos fuimos a Televisa y editamos las notas de ese aburridísimo noticiario, que supongo lo ven en la sala común de un hospital neuropsiquiátrico, al ritmo de Glen Miller, para calmar a los locos.

Nos encaminamos a la fiesta y, por una vez, Jhonny no se murió en uno de mis cuentos; pero según he escuchado, en extraños susurros de la noche, que en una dimensión alternativa y según puede leerse en el libro de Skelos, Jhonny fue absorbido por el retrete, torcido en un ángulo imposible, cuando fue a descargar en los baños de Televisa, porque en el Necronomicón se ha escrito:

Los Antiguos eran, los Antiguos son y los Antiguos serán. Desde las oscuras estrellas Ellos vinieron antes de que naciera el Hombre, sin ser vistos y odiosos. Ellos descendieron a la primitiva Tierra.

TAN HORRIBLE QUE SERÍA CASARSE

I

Imaginaos, había una chica en el Oxxo, hace unos años: parecía una diosa gótica, blanca, de cabello negro, unos ojos profundos en los que cabía toda la tristeza de un hombre: abismos donde se podían soñar poemas desconocidos, ciudades de razas extintas y… todo fue conocer a sus padres.

Lo malo de casarse sería que te imaginas que tu suegro será el dueño de un castillo, amo y señor de una gran biblioteca y de una cava llena de botellas donde habría capturado ángeles, genios, dioses de la antigua Asirio Babilonia y que, charlando tranquilamente, mientras caminamos por sus jardines, te dirá cosas como:

—Efectivamente, Elko, dicen que Asurbanipal tenía una joya engastada en un fino trabajo de orfebrería y de acuerdo a la leyenda…

Pero no: lo más seguro es que tu suegro tenga vellos en el pecho, use camiseta interior, tenga una panza de tabernero, te invite una cerveza y, horror de los horrores, a ver un partido de fútbol, soccer o americano o, lo que es aún peor, ¡¡¡UN PARTIDO DE BÉISBOL!!!

Mientras tanto tendrás que poner cara de buena gente con tus cuñados, si tienes la mala suerte de tenerlos, ¡¡¡Y DE SUS PRIMOS Y SUS TÍOS Y SUS TÍAS!!!

La apoteosis del horror vendrá cuando te inviten al oficio religioso y, si tu novia es judía, ¡¡¡TENDRÁS QUE VER CÓMO EL RABINO LE CORTA EL PREPUCIO AL SOBRINO DE TU MUJER Y LUEGO, CON SUS LABIOS CUBIERTOS DE BARBA, CONTEMPLAR LA MANERA GROTESCA EN QUE LE SUCCIONA EL PREPUCIO!!!

Debe ser horrible eso de casarse.

Creo que, según leí por ahí, sería más decente que en los funerales arrojaran hacia atrás la corona de flores para ver quién es el siguiente.

II

Te casas con la niña más linda y rubia y en eso salen juntos a un restaurante. Ella insiste en ir con sus papás. Tu suegra usa sandalias y tiene hongos en las uñas de los pies, además usa una enorme cruz de madera en el pescuezo.

Tu suegro es un marxista-leninista, que además trabaja como notario en una administración priista, de la que estuvieron a punto de correrlo; pero consiguió chapulinear y ahora trabajará en la administración de AMLO. No se le cae del hocico el nombre de AMLO y sus virtudes.

Estás en un restaurante de comida japonesa y tu suegro pide un bolillo para hacerse una torta. En eso aparecen tus amistades, que al parecer no te vieron, y suspiras de alivio: error mayúsculo, ya que en las películas de terror cuando el protagonista suspira de alivio aparece el asesino con tremendo cuchillote, hacha o un pedazo de vidrio, y baña de sangre la lente.

Tus amigos, que son unos *snobs* insufribles se acercan para saludarte, efusivamente; por más que intentas hacerte pendejo y salirte a fumar un cigarrillo tu suegra dice:

—¿No vas a presentar a tus amigos, Elko?

III

Finalmente Zeena Lavey te hizo caso, así que, previo a haber renunciado a tus dioses ancestrales aceptas a Satanás como tu dios y todo va de perlas: sexo y fama, puras cosas bonitas.

Lo malo es que el hijo adolescente, lleno de granos, siempre tiene cara de esfínter fruncido y te dice cosas como: ¡tú no eres mi padre, viejo pelón!

Aprieta el tubo del dentífrico por la mitad, raya tus libros preciados, algunos incunables, invita a otros adolescentes, que dejan minado a olor de patas y zobacos el cuarto de juegos y la biblioteca y todavía tienes que decir cosas como:

—Mira, muchacho, yo solo quiero ser tu amigo, no pretendo sustituir a tu padre ni mucho menos.

—¡Te estás follando a mi mamá, pinche viejo pelón!

Total que llevas la fiesta en paz, aunque en las reuniones de los sábados te encuentras con gente de lo más rara.

Llega el fin de semana, vas a descansar y en eso llega, por aquello de la visita parental, el ex esposo de Zeena, Nikolas Schrek, con un bat, una pelota, y dos pases para un horrible partido de béisbol, y te ves obligado a invitarlo a pasar a la salita en lo que llega Zeena, quien fue a por una pizza.

El maldito adolescente lleno de granos comienza a hacer payasadas acerca de tu persona. En el inter no puedes dejar de ver que a Nikolas le falta una oreja.

—¿Qué le ves a mi papá?

—No, nada, que ya se van, ¿o no se iban ya?

El tipo dice que efectivamente ya se van, que le salude a Zeena, y que si le puedo prestar un poco de dinero para completar las hamburguesas del "muchacho".

MARIO FLORES, UNLEASHED

Durante la administración de Juan Blanco como presidente municipal de Chihuahua los úrdalos, bola de salvajes de la fuente y la tribu de Urdar (así nos hacíamos llamar) trabajábamos en el Departamento de Comunicación Social, por lo que teníamos que cubrir el PBR, pero podíamos tomarnos unas cervezas mientras filmábamos, sacábamos fotos y escribíamos boletines de prensa.

Era increíble ver a los vaqueros montando unos toros enormes al ritmo del Heavy Metal, en medio de un juego de luces, explosiones y regueros de chispas.

Gabriel Ávila y yo estábamos viendo el espectáculo mientras Mario Flores iba por otra ronda.

—¡Elko! ¡Gabo! —gritó Mario ya que traía las manos ocupadas y un tipo enorme no quería dejarlo pasar.

Gabo reaccionó con rapidez, agarró del hombro al tipo, le clavó los dedos en la carne y lo apartó mientras decía:

—¡No te pases de rosca!

Cuando terminó el PBR seguíamos con cuerda y Juan Campos propuso ir al bar *El Cráneo* para continuar escuchando metal y bebiendo cerveza.

—¡La noche es joven! ¡Vamos a seguirla! —exclamó Juan—. ¡Satanás nos protege!

Gabriel dijo:

—Pero andamos con ropa vaquera.

—Bueno —intervine—, hay muchos ejemplos de rockers que usan botas y sombrero: Cinderella, Bon Jovi, Guns and Roses.

Mario estuvo de acuerdo pero los guardias de *El Cráneo*, unos ignorantes insufribles, nos obligaron a dejar los sombreros en el coche.

Había un grupo buenísimo que interpretó a todo pulmón éxitos como *Breaking the Law*, *666, the Number of the Beast*, *Mr. Crowley* y muchos otros. Estábamos emocionadísimos y nos quedamos hasta el cierre.

Una vez en el estacionamiento una tía algo entrada en años y en carnes y que iba disfrazada de Morticia nos mostró el dedo medio de cada mano mientras vociferaba:

—¡Putos cheros montaperros! ¡Váyanse a follar una vaca o a que les dé por el culo un caballo!

Entonces el demonio familiar de Mario lo condujo a los éxtasis de la filosofía y comenzó una danza hecha de pura furia dionisíaca:

—¡También somos rockers, tía! —gritaba Mario mientras hacía la "mano cornuta".

Mario se desabrochó la camisa hasta el vientre:

—¡Mira, tía! ¡Como Ronnie James Dio! *Rainbow in the Dark!*

Mario se había transformado de una persona muy parecida al Principito en un espíritu vengativo del metal. La tía gritó:

—¡Pinche Woody! ¡Rancheros de mierda!

Mario se metió los pantalones en los tubos de las botas. Nosotros lo imitábamos.

—¡Cheros putos! —gritó la gorgona—. ¡Son los mariconcitos de *Broke Back Mountain*! ¡Que les den por el culo!

Mario se empinó y comenzó a golpearse las nalgas: nosotros lo imitamos.

—*C'mon baby! C'mon!*

Finalmente alguien intervino y se llevó a la beoda.

EL SECRETO DE TORY'S BURGER

I

Cuentan las malas lenguas, y de esas hay muchas, que allá por el siglo XVIII vivía en la verde Erín un granjero cicatero, borracho y pendenciero de nombre Jack quien, debido a su gusto por la botella, era más asiduo a la taberna que a las labores propias del campo y a raíz de tales aficiones Jack generalmente se encontraba sin blanca.

—¡Oye, Bob! ¡Anota en mi cuenta otra botella de whisky! ¡Del escocés, y no de ese infame aguardiente de patatas que me llevas sirviendo toda la noche! —gruñó el buen Jack.

—¡Maldito sea si se me ocurre fiarme de ti! —respondió el tabernero, quien se encontraba muy al tanto de las costumbres, poco edificantes, de Jack.

—¡Voto a Satán! ¡Mi alma a cambio de una buena noche de copas!

De pronto las puertas de la taberna se abrieron y el gélido viento del otoño, acompañado por las hojas secas de los árboles, se hizo presente en el interior de la taberna mientras que en la entrada se recortaba la aristocrática figura de un hombre que llevaba una peluca empolvada, vestía levita,

zapatos de tacón con broches de plata, medias, un florete colgando a media pierna; en fin, que era todo un señoritingo.

Cuando finalmente las lámparas de la taberna iluminaron el bello rostro del aristócrata sus blancas manos aureoladas con encajes echaron mano de una bolsita de seda para depositar una moneda de plata en la barra:

—Tabernero —dijo el desconocido, con una voz educada, pero aguardentosa, propia de los miembros de la nobleza más decadentes— haga usted el favor de servir en mi mesa su mejor whisky, y un buen estofado, mismo que habré de compartir con mi amigo Jack.

Jack no se hizo el remolón y estuvo bebiendo copiosamente con el extraño mientras jugaba a la baraja; cuando finalmente se sintió indispuesto por la prodigiosa cantidad de whisky ingerido quiso despedirse; pero el próspero caballero le hizo saber, mientras le clavaba una mirada ardiente, sobrenatural, que había llegado la hora de honrar su palabra.

—¿Pero de qué habla usted? —preguntó Jack.

Acabas de venderme tu alma a cambio de una noche de copas: como verás hemos vaciado mi bolsa y la juerga ha terminado.

—Pero ni siquiera tú podrás negarle la última copa a un buen irlandés; si en verdad eres quien dices ser podrías transformarte en una moneda de plata para apurar un último trago y estafar, de paso, al tabernero.

Como al Maligno le pareció divertida la idea accedió a la petición de Jack, quien rápidamente se apoderó de la moneda y la guardó en su bolsa, regalo de su fallecida esposa, donde estaba grabada una cruz, misma que impedía escapar al ángel extraviado.

Jack no lo liberó hasta sacarle montones de plata y hacerle jurar que jamás, hiciera lo que hiciera, reclamaría su alma.

Y fue así como Jack se dedicó a la alegre vida de los libertinos acaudalados hasta que, a pesar de su salud de hierro, llegó el día de su muerte.

El viejo Jack subió las escaleras de marfil que conducen al cielo; pero al llegar a sus puertas un ceñudo San Pedro le informó que, debido a su vida de calavera, no podía pasar. Muy compungido Jack se dirigió al infierno; pero Satanás, atado a su promesa, no le permitió la entrada.

—¿Y dónde habré de ir? —exclamó Jack.

—Vuelve por donde viniste —respondió El Demonio.

Jack comenzó a vagar por la oscuridad hasta que Satanás, no se sabe si a modo de burla, o porque todavía quedaba algo de misericordia en su negro corazón, le arrojó un ascua de los infiernos, que Jack se apresuró a utilizar como lámpara; para evitar perderse en la negrura Jack talló un nabo, donde depositó su ascua. Posteriormente, y con la migración de muchos irlandeses a los Estados Unidos de América, lo cambiaría por una calabaza: desde entonces se le conoce como Jack O´Lantern (Jack, el nieto de la linterna).

Todas las noches del 31 de octubre, cuando el velo que separa los mundos es más tenue, Jack encuentra un camino hacia el mundo de los vivos donde se dedica a realizar un montón de fechorías.

II

Pero no solo el viejo Jack ha tenido tratos con seres sobrenaturales. Con mayor suerte mi amigo Toribio consiguió atrapar a un duende e hizo su fortuna.

Por aquellos días Toribio no sabía ni guisar un huevo; hasta una triste chuleta se convertía entre sus manos en un trozo de carbón.

Vivía Tory en una vieja y destartalada casona que había rentado en el centro de la ciudad de Chihuahua donde su mujer le aseguraba que se perdían cosas, que las llaves del agua se abrían solas y que se escuchaba una risilla cascada, como de un ancianito; los amigos de Tory le recomendaron ir a ver al hermano Pedro, célebre curandero chihuahuense, quien le dijo que en su casa había un duende y que podía

atraparlo en una cajita de zapatos poniendo un poco de miel, leche y cerveza.

Ni tardo ni perezoso Tory hizo como le dijera el curandero; pero las ofrendas desaparecían y el duende entraba y salía a sus anchas de la caja de zapatos.

Enfadado Tory consiguió un costal, que dispuso como si se tratara de una pequeña caverna; puso los cebos en su interior, roció con harina alrededor del costal y tras armarse de paciencia se escondió tras un armario para atisbar a través de un agujerito.

Cuando ya sentía que se le acalambraban las piernas Tory vio que en la harina se iban formando unas pequeñas huellas, como de unas botitas vaqueras; las huellas desaparecieron en el costal y Tory, lo más sigilosamente que pudo, se acercó al costal, mismo que cerró y ató firmemente.

—¡Suéltame, desgraciado! —se escuchaba una voz cascada en el interior del costal.

—¿Cómo te llamas, duende?

—Jacinto —contestó el ser.

—¿No se supone que los duendes se llaman Rumpelstiltskin, Frodo o algo así?

—¡Soy un chaneque, majadero! Soy un espíritu elemental mexicano.

—¡Muy bien, chaneque! ¡Muéstrame dónde se encuentra tu tesoro!

El duende, perdón, el chaneque se soltó a reír y le explicó que él, Jacinto González Ixtlilxóchitl, no era un chaneque rico, sino que había sido deportado de los Estados Unidos por los duendes gringos, donde había estado trabajando como parrillero y que si era liberado con mucho gusto le pasaría varias recetas e incluso le concedería un don mágico a Toribio.

III

Tory's Burger es un floreciente negocio de hamburguesas y de hot-dogs que se encuentra cerca de mi casa y a donde se

dan cita multitudes de estudiantes, así como señoras encopetadas y tipos que parecen disfrazados del mago Mandrake ya que vienen de la ópera, o de alguna fiesta, y bajan de sus lujosos vehículos a comer las hamburguesas tocino-piña, las extra queso y las famosas tapa arterias (con doble porción de tocino); únicamente los más audaces se atreven a comer las hamburguesas infarto, con triple porción de tocino.

De gran popularidad son, asimismo, los hot-dogs, cuyo contenido se derrama de los panes, así como los chiles toreados y las papas fritas con queso o salsa cátsup.

Los olores inundan las noches de Chihuahua mientras Toribio lucha, a brazo partido, por satisfacer todas las órdenes.

Corre el dicho popular: ¡Si las Deli Burger te causaron adicción, las Tory's Burger serán tu perdición!

Cuando Toribio y sus ayudantes ya no se dan abasto sacan una máquina aterradora que parece una prensa con dientes y en un dos por tres, a golpe limpio, las cebollas se transforman en cuadritos mientras que alguno de los muchachos pica a toda carrera un costal completo de tomates.

Además el chaneque le concedió un don a Toribio y si alguna vez le falta alguno de sus ayudantes él puede convertir, merced a una varita mágica, similar a la que poseía la madrina de la Cenicienta, a una lagartija del jardín o a un ratoncillo en un mozo bien plantado que sustituirá con éxito a alguno de los integrantes del equipo de Tory's Burger.

¡EXPULSADO DE FACEBOOK!

—Hemos detectado una publicación en tu muro que infringe nuestras normas. ¿Tú publicaste "esto"?

—No, mister Facebook. *The devil made me do it!*

—Probablemente no has leído nuestras políticas: estaremos encantados de explicártelas con pelotas y con dinosaurios.

—Está bien.

—De cualquier modo suspenderemos tu cuenta por un mes; si vuelves a incurrir en estos despropósitos repetiremos el castigo, ¿tienes qué decir algo a tu favor?

—Voy a ponerme el rosario para evitar estos deslices.

—El Consejo de Facebook está revisando tu solicitud, a más tardar en un mes te daremos una respuesta; mientras tanto no puedes publicar ni responder mensajes. Debes saber que a nadie le interesan tus opiniones de cerdo chauvinista y que únicamente toleramos a los de tu clase en lo que encontramos un método efectivo para su esterilización definitiva.

¡Nooo! Otra vez el exilio hacia las inhóspitas tierras de Twitter y Google Plus. A este paso me veré obligado a

comunicarme directamente con mis semejantes, sin las convenientes medidas profilácticas que ofrecen las redes sociales: si tan solo alguien inventara un control mágico para hacer *zapping* con el prójimo y que nada más se pusiera pesado uno de ellos yo pudiera desaparecerlo con el mentado control.

ACERCA DE LAS RAZONES POR LAS QUE YA NO SE PUEDE FOLLAR EN LA OFICINA Y POR QUÉ LOS JUDÍOS, OTRA VEZ, SE TIENEN TODA LA CULPA

Hace unos minutos encontrábame yo follando muy a gusto con la licenciada Guzmán: la tenía a cuatro patas y la tomaba del cabello (usa cola de caballo) cuando, de pronto, la cámara comenzó a chillar.

Para esto se suponía que esa pinche cámara, marca Steren (esa tecnología chafa israelita, más barata que la china) nada más miraba hacia un lado; pero no, resulta que se puede mover con un celular, y hasta micrófono y bocina tiene.

—¡Elko! ¿Qué estás haciendo?

Al principio sonaba como un zumbido de mosco, como un lejano discurso de algún mercachifle que vendiera cosas viejas, a bordo de una camioneta; pero la licenciada Guzmán y yo, paralizados, y en tan comprometida posición (ella a cuatro patas, yo tomándola del cabello) comenzamos a poner atención.

—No, linda, ha de ser el tipo ese que está vendiendo cosas por el barrio: esa cámara judía es de las más baratas, ¿cómo chingados se te ocurre que va a tener micrófono? Además el licenciado ahorita está en Escandinavia.

—¡Elko! ¿Me escuchas? —chilló ese chisme y la licenciada Guzmán salió corriendo, a esconderse en la planta alta (no sabe que arriba también hay cámaras, pero esas son chinas).

Parecía un cómic de Kalimán: esa pinche chingadera judía, baratísima, me estaba hablando.

—¿Me habla, licenciado?

—¡Sí, Elko! ¿Hubo cobranza?

Pinche viejo miserable cuenta calderilla.

Me compuse rápidamente y mientras me ponía los calzones le dije al licenciado que únicamente habían ido a dejar mil 500 pesos.

—Perfecto, Elko, ahí te encargo el despacho.

Haced el chingado favor.

Suspiré de alivio: quizá el licenciado no había visto nada, ya se sabe lo chafas que son esas putas cámaras judías.

—Me saludas a la licenciada Guzmán —dijo el licenciado, que Odín lo maldiga.

VIAJANDO DE AVENTÓN

Paulino Manuel Gonzalo de la Garza Iturbe y Mont Blanc viajaba rumbo a la Sierra Tarahumara a bordo de su nuevo automóvil, que le había comprado "papi", cuando lo vio: se trataba de un jefe indio, recién emergido de las profundidades del bosque: el jefe llevaba calzón de manta, unos colguijes hechos de huesos, sandalias fabricadas con restos de neumáticos y cuero y en su rostro, curtido por cientos de soles e inviernos, se traslucía el silencio altivo de su raza.

—Me lo voy a cotorrear —se dijo a sí mismo Paulino Manuel Gonzalo de la Garza Iturbe y Mont Blanc mientras respondía a la solicitud de un aventón por parte del jefe: —suba— le dijo, y el jefe ni tardo ni perezoso se montó en el automóvil.

Se trataba de Jacinto Teporame, príncipe entre los suyos, quien aburrido de contemplar las chivas de la Sierra Tarahumara había decidido correr mundo. Jacinto, debido a su aislamiento, en su vida había visto un vehículo tan moderno y con una curiosidad, por demás natural, preguntó en un castellano pasable:

—¿Para qué sirve este botón?

—¡Me lo voy a cotorrear! ¡Me lo voy a cotorrear! —se repitió Paulino y señaló—: con este botón subes y bajas los cristales del vehículo.

Y ahí tenías al jefe subiendo y bajando vidrios.

—¿Y este?

—Con éste pones música.

—¿Y este?

—Con éste controlas el volumen.

—¿Y este?

—Con éste bajas y subes el asiento.

Y ahí tenías al jefe, fascinado, manipulando el asiento forrado de piel.

—¿Para qué sirve este botón?

—Con este botón —dijo Paulino— lanzas agua al parabrisas y activas los cepillos para limpiar el cristal.

El jefe se acabó el depósito de agua y una vez que terminó de explorar todas las funciones del automóvil, preguntó:

—Chabochi (hombre blanco). ¿Para qué sirve esa cosa?

Se refería al emblema que llevan en la punta del cofre algunos automóviles y Paulino, disfrutando de antemano la broma, contestó:

—Ésa es una mirilla: el gobierno nos paga cinco mil pesos por cada imbécil que se atraviesa en la carretera y estorba el tráfico.

El jefe meditó: con cinco mil pesos podría comprarse algunas cabras que incrementarían, sin lugar a dudas, su influencia. Paulino lo vio picado y agregó:

—Si sorprendemos a alguno podemos ir a mitades.

—¿De veras?

—Legal.

El jefe estaba emocionadísimo y de pronto lo descubrió: un campesino menón cruzaba cansinamente la carretera, llevando al hombro un azadón.

—¡Allá va uno! —exclamó, y Paulino metió el pie en el acelerador: el labrador se quedó paralizado y, en el último momento, Paulino lo esquivó.

—¿Por qué no lo atropellaste? —preguntó el jefe, justamente indignado.

—¡Chin! ¡Se nos peló, se nos peló, se nos peló! Abre bien los ojos porque el siguiente no se nos pela.

Jacinto se puso vivo y descubrió a un niño que cruzaba la carretera botando una pelota: los puños de su camisa tenían arabescos esmeralda hechos de mocos secos y relucientes.

—¡Allá va uno! —gritó, y Paulino aceleró: el niño se quedó helado, la pelota botó sin control, y en el último momento Paulino lo esquivó.

—¿Pero qué ocurre? —se exasperó el jefe.

—¡Chin! ¡Se nos peló, se nos peló, se nos peló! No es tan fácil como parece, así que ponte abusado.

El jefe escudriñaba la carretera, flanqueada por cercos hechos de palos torcidos y alambre de púas; de pronto la descubrió: una anciana desdentada cruzaba la carretera sirviéndose de un andador metálico.

—¡Allá va una!

Paulino aceleró, a la anciana le subieron los niveles del azúcar peligrosamente cuando vio aproximarse contra su persona el reluciente automóvil; en el último momento Paulino la esquivó; pero, inexplicablemente, la anciana saltó por los aires. El espectáculo era radiante y total: luego de dejar un rastro de neumáticos quemados en la cinta asfáltica el vehículo se había estampado contra los cercos de alambre de púas mientras la anciana yacía sin vida a un lado de la carretera, a cierta distancia de sus pantuflas y su aparato ortopédico.

—¿Pero qué hiciste, indio baboso? —gritó Paulino, pálido como la cera.

Jacinto entornó los ojos y con una sonrisa filosófica, que iluminó su rostro hierático, remató:

—Es que si no le abría a la puerta se nos pelaba.

UNA TEMPORADA EN EL NEUROPSIQUIÁTRICO

Se dice el pecado; pero no el nombre del pecador, salvo por sus iniciales: los que tengan ojos para ver, que vean, y los que tengan oídos para oír, que oigan.

JLG fue comisionado para hacer un reportaje de fondo sobre el hospital neuropsiquiátrico de la ciudad de Chihuahua y El Heraldo de Chihuahua fingió su internamiento, por esquizofrenia.

Hicieron la hoja, firmada y sellada por uno de los psiquiatras más prestigiados de esta ciudad y lo internaron.

Como a los tres días JLG se sentía que de veras, que de verdad se estaba volviendo loco, y decidió revelar su identidad:

—¡Sáquenme de aquí! —le dijo a la enfermera—. Soy un reportero de El Heraldo de Chihuahua. ¡Háblenle al director! ¡Díganle que me saque de aquí, porque estoy perdiendo la cordura!

—Si, m'ijo, sí —le respondía la enfermera mientras preparaba una jeringa, con una aguja espantosa.

—¡Suéltenme! ¡Suéltenme! ¡Maldita sea! ¡Soy un periodista!

—Sí, mi rey, si.

Y lo inyectaban.

Desde entonces se le agrió el carácter y jamás se escribió el famoso reportaje de fondo así que yo, como un mero favor personal hacia JLG, les ofrezco este pequeño resumen.

EL "BATO" DEL OXXO

I

Me encontraba frente al Facebook, escribiendo un montón de majaderías y peleándome con los comunistas mientras escuchaba *The Valley*, de *Diary of dreams*, cuando me di cuenta de que se habían acabado los cigarrillos y el licor.

Fui al Oxxo y habían puesto a un tipo feo, antipático y torpe: le pedí dos cajetillas de *Marlboro Light*, de esos cigarrillos chiquititos, una botella de aguardiente y unos cacahuates.

—Son 206 pesos —me dijo esa garrapata con un bigotillo espantoso —. ¿Traerá los seis pesos?

Sí que los traía; pero no me dio la gana dárselos.

—No…

El tipo suspiró: era un suspiro largo, largo, largo…

—¿Por qué o por quién suspira, caballero? —le pregunté.

Las venas del cuello como que comenzaban a saltársele.

—Ah… —suspiré — L'amour.

De alguna manera consiguió darme el cambio mientras yo cantaba:

—Casi todos sabemos querer; pero pocos sabemos amar, y etc.

II

Cuando estaba en Meoqui, a donde los hados me mandaron por una deuda kármica que yo tenía, hace mil años, me encontré con una alumna que se llamaba, se los juro, Jenifer López: era una niña menuda, morenita, con facciones armónicas.

Yo intentaba transmitirles, a esos salvajes, alguna noción acerca de la literatura, de la poesía, de las cosas sublimes.

La niña esa, la tal Jenifer López, se quitaba las zapatillas, y sus lindos pies se volvían un poema ondulante, y ella me preguntaba, enfrente de todos:

—¡Profe! ¿Le gustan mis pies?

—¡Jeni! ¡Póngase las zapatillas! Como les iba diciendo.

Jenifer López se levantaba de su lugar, me arrebataba el marcador y me decía:

—Yo sigo escribiendo, profe: usted deme el dictado.

Y la condenada chamaca, una Lolita mexicana, se ponía a escribir la lección, y se movía como una serpiente coralillo.

Alguno de esos rancheros, que no son tan pendejos como uno podría llegar a creer, decía:

—¿Le gustan las chamacas, profe? Pues "nomás" mírelas, porque si no… cárcel.

Y es que esas chamacas huelen a pipí, y a presidio.

—O espérese un año —decía el mentecato chamaco— que en un año ella cumple los 18 años.

Dios (Wotan, por supuesto) me salvó de ese lugar tan espantoso bajo circunstancias que luego contaré, con pelos y señales, una vez que les gane una demanda a esos cabrones de Meoqui y de Delicias (que yo no sé quién le puso "Delicias" a ese sitio espantoso, donde el sol raja las tablas, y las piedras, y parece que uno se encuentra atrapado en el relato Luvina, de Juan Rulfo).

III

Como de cualquier manera el mundo me parece una cárcel y el sistema una moneda con dos caras: la izquierda y la derecha, me guardaré muy mucho de ser apresado en una jaula.

En realidad me gustaría incendiar las ciudades, y sacar de sus palacios a los Rothschild, y matarlos a hachazos.

Y que viniera una nueva edad del hielo, y ahora sí, cabrones, ahora sí, ¿qué iban a hacer, malditos mentecatos, tan ufanos?

IV

Cuando estaba en la Uni le dije a un pendejo que yo era un genio, cosa que, por lo demás, es cierto.

—Te creería —me dijo, hasta eso que bien buena onda (como si de él dependiera que yo fuera un genio)— si anduvieras en un yate.

Al maldito *hippie* neo marxista se le figuraba que Fernando Pessoa, Gustavo Adolfo Bécquer, Jesús Chávez Marín, Charles Bukowski y Adolf Hitler, se la pasaban en yates.

Me habrá confundido, el muy pendejo, con Karl Lagerfeld.

V

Ignoraba yo por qué nunca salía temprano de El Heraldo de Chihuahua: el consejo de los sabios (una bola de pendejos que decían "aiga" y "andáranos") siempre decidían, a última hora, que a mis notas les faltaba algo y me encargaban, cuando ya era imposible encontrar al funcionario cagón en turno, que le hiciera alguna pregunta intrascendente.

El caso es que había un tal Ricardo Espinoza, un tipo que tenía la cara hinchada, como la máscara mortuoria de Benito Juárez, que siempre aconsejaba en mi contra.

Un día me dijo:

—¿Ya te estás quedando pelón, igual que tu padre?

—¿Qué dices, maricón castrado?

El caso es que me tomó más odio y salía yo todavía más tarde.

¿Quién era ese baboso? Entonces me acordé: había sido empleado de nosotros, cuando teníamos vídeo clubes. No recuerdo haberlo tratado mal nunca, incluso me parece que le daba aventón a su casa, cuando cerraban los negocios.

No obstante habré sido yo, para él, un pinche burgués del que era necesario desquitarse.

LA FURIA DEL VIKINGO

Cuando estaba en el Municipio de Chihuahua tuve una breve temporada (algo así como el 99.9 por ciento de todo ese tiempo) en el que me volví muy afecto a las bebidas espirituosas; siempre pensé que perdía mi tiempo escribiendo burradas; no obstante intenté no bostezar y hacer algo al respecto y escribía boletín tras boletín: la gente amaba mis boletines. Llegó el momento en que tenía un machote en el que vaciaba todos esos maravillosos boletines.

Nos daban un Volkswagen color blanco que funcionaba a gas porque un miserable presidente municipal priista los había convertido a ese combustible; era una pela echarlo a andar cuando había frío.

Total que, aunque casi siempre estaba rodeado de amigos, algunas veces no me aguantaban el ritmo, así que terminaba bebiendo solo en ese bar horrible que se encuentra a un lado de la sede del PAN, en la avenida Ocampo.

Estaba yo bebiendo y fumando (los bares todavía eran decentes y se podía fumar) cuando cae un tío enorme sobre

la mesa que estaba a mi lado; el tío se levanta y agarra una silla y la emprende contra el guardia; entra un montón de gordos y se enfrentan contra ese vikingo, salido quizá de una saga noruega: la refriega se pone dura (le paso una botella vacía y el vikingo la emprende contra los gordos): todo se vuelve una sinfonía maravillosa de sangre y violencia… enciendo un cigarrillo.

Finalmente consiguen sacar al vikingo y cierran la puerta: el vikingo comienza a patear la puerta; pero eventualmente se cansa y decide irse a pasar la fiesta a otro lado.

Uno de los gordos comienza a mirarme con rabia porque le pasé la botella: saco mi identificación del Municipio (tapando con un dedo la parte que decía: "prensa").

—¿Qué vamos a hacer, muchachos? ¿Tengo qué cerrarles el maldito changarro?

Pensaron que yo era de Gobernación.

—No, mi general, cómo cree usted.

La peda me salió gratis y todavía me mandaron más cervezas y carne seca: definitivamente en México hace falta que haya más vikingos como ese santo varón que hizo la noche.

Y si hay vikingas, mucho mejor.

RECORRIENDO "CIUDADES DE SAL"

No sé quién de los dos fue el de la idea, si mi hermano Ricardo o mi amigo Víctor Marrufo. El caso es que, cuando cursábamos nuestros estudios universitarios apareció publicado en el periódico que se filmaría una película en Hollywood y que necesitaban extras mexicanos. La nota periodística daba la dirección de un hotel para el *casting*, soltaba el nombre de la actriz Jennifer López y nada más.

De alguna manera ese par me convenció y nos dirigimos a Ciudad Juárez. Una vez en nuestro destino un tipo joven, trajeado, de lentes y con cara de ser un lameculos absoluto y total nos informó que nos cobrarían 280 pesos por persona para pagar el rollo de la cámara fotográfica. Esa cantidad era prácticamente lo que traíamos para comer y para las cervezas del camino de regreso.

Hasta un reportero de Televisa, que había participado en varios *casting* dijo que jamás le habían cobrado un peso y que le sonaba a "chanchullo".

El tipo de lentes y con cara de lameculos absoluto y total se mostró indignadísimo y afirmó que era una oportunidad única para que unos muertos de hambre como nosotros participaran en una película de Hollywood y no en uno de esos bodrios mexicanos de borrachos y ficheras de ínfimo presupuesto.

Mi hermano Ricardo, que siempre cargaba su agenda porque quería tomar el cielo por asalto y tenía la fea costumbre de leer libros malísimos como *Los siete hábitos de las personas altamente efectivas*, de Stephen Covey; *El cielo es el límite*, del doctor W. Dyer; *Cómo hacer amigos e influir sobre las personas*, de Dale Carnegie; *Piense y hágase rico*, de Napoleón Hill y otros charlatanes nos dijo, mientras hacía algunas anotaciones.

—Según mis cálculos en el hotel se encuentran 250 personas y apenas son las diez de la mañana. Considerando que el *casting* cierra a las ocho de la noche estamos hablando de 10 horas y unas dos mil 500 personas. Es preciso tomar en cuenta el factor de que se necesitan mil 250 personas para la película, lo que nos deja un 50% de probabilidades, sin contar el hecho de que somos más guapos que la mayoría de los aquí presentes (puros chilangos y veracruzanos horrorosos), así que yo voto porque paguemos la cuota. ¿Víctor?

Marrufo, quien se había adormilado debido a la espera salió de su sopor y nos dijo:

—Pues se me hace muy difícil que contraten un hotel y se anuncien en el periódico: sería una estafa muy descarada y las autoridades quedarían como idiotas, pero sí está muy raro eso de que cobren. No sé, lo que ustedes decidan.

Ricardo garabateó algo en su agenda y me preguntó:

—¿Elko?

—Yo voto porque compremos comida y cerveza y nos detengamos en algún sitio sugerente durante el camino de regreso.

Ricardo me miró como si yo fuera una de las abominaciones de Lovecraft o portara una enfermedad contagiosa y dictaminó, luego de anotar en su agenda:

—Pues no sé ustedes, pero ésta es una oportunidad única y yo la voy a tomar: ustedes hagan lo que quieran con su dinero.

Así que nos formamos. La gente, de todas las edades y colores posaba sonriente ante una cámara que, no sé por qué, me daba la impresión de que carecía de rollo.

Lo cierto es que a la fecha no me han llamado de Hollywood para desesperación de mis fans: seguro se trata de una conspiración en mi contra.

Imaginen la escena: una explosión apocalíptica… de entre las llamas emerge, como un dios de la antigüedad, con Jennifer López en brazos (ya puestos a escoger yo hubiera preferido a Catherine Z-Jones o a Michelle Pfeiffer) el mismísimo Elko Omar Vázquez Erosa. Ni modo, Hollywood no supo apreciar mi talento, será en otra vida.

Todavía cruzamos a El Paso, Texas, porque Ricardo quería comprar no sé qué demonios para su computadora, así que nos pasamos todo el día sin comer, fuera de una alita de pollo y un trago de cerveza que le robamos a los primos de Víctor, a quienes nos unimos para cruzar la frontera.

Juárez es una ciudad espantosa, casi tan fea como Tijuana (no te enojes, Carlos, luego cuento nuestra deliciosa aventura en tu ciudad adoptiva) y el Distrito Federal (quitando el centro histórico) o yo soy un maldito provinciano que mejor haría rascándose el trasero y mascando una ramita de alfalfa en vez de opinar sobre las grandes ciudades, pero los colosales complejos industriales, las avenidas enormes, la vista desde el avión de una ciudad que parece infinita (como el Distrito Federal) me producen rabia, tristeza y espanto y me recuerdan esa escena del cuento Él, de Lovecraft, donde

un nigromante le muestra al protagonista el futuro de la ciudad de Nueva York:

Vi los cielos abarrotados de extraños artefactos volantes y, bajo ellos, una infernal ciudad negra de gigantescas terrazas de piedra, con impías pirámides alzándose salvajemente hacia la luna, y luces demoniacas ardiendo en innumerables ventanas. Y pululando espantosamente por galerías aéreas vi a la gente de la ciudad, amarilla, de ojos rasgados, vestida espantosamente de naranja y rojo, bailando enloquecida al retumbar de timbales febriles, al resonar de crótalos obscenos y al maniaco rugir de sordos cuernos cuyos incesantes sones se alzaban y caían, ondulando como las olas de un malsano océano de betún.[3]

Víctor se fue con sus primos y durante el camino de regreso —sin cerveza, sin comida y sin cigarros— mis ojos alucinados se fijaron en el desierto de Samalayuca, en los pueblos silenciosos y en los áridos cerros.

La ciudad de Chihuahua nos recibió con un viento que chillaba en los costados del Volkswagen. Al llegar a casa ya tenía el primer poema de *Ciudades de sal*, que transcribí apresuradamente.[4]

---

[3] Lovecraft, H. P. La llamada de Cthulhu. EDAF. Madrid, España. 1997. p. 211.

[4] Nota de Víctor Marrufo: Se podría decir que esa experiencia es el inicio de mi carrera cinematográfica. Sin embargo, debo acotar que el maestro Elko olvidó o dejó pasar algunos detalles que también son dignos de contar. El primero es que después de hacer la larga fila para "tomarnos la foto" tuvimos la fortuna de asistir a un curso en donde otro orador, una especie de mezcla entre supervisor de recursos humanos de maquila y motivador de *Herbalife*, nos capacitaba en el refinado y difícil arte de no acercarnos a Jennifer López cuando nos contrataran como extras. Otro detalle que el maestro omite es que al salir del mentado curso nos topamos con una conocida mía que era parte de los organizadores del *casting*, quien no tardó en confesarnos, sin ningún escrúpulo, lo que ya sabíamos y nuestro pisoteado amor propio no nos permitía externar: que todo era un descarado fraude y aun así la gente no dejaba de llegar a regalarles sus 20 dólares. Era tanto

Por aquellos días los negocios de mis papás habían quebrado, como consecuencia de las medidas surrealistas de uno de tantos payasos que se han sentado en la silla presidencial de México, en este caso Carlos Salinas de Gortari, así que me vi obligado a dar clases de humanidades en las preparatorias abiertas que daban servicio a las empresas maquiladoras, donde conocí un ambiente opresivo, alienado, triste y sin esperanza.

Si a lo anterior sumamos un coctel de lecturas poco recomendables para un cerebro impresionable como el mío, integrado por las obras completas de Lovecraft; *Mein Kampf*, de Adolf Hitler; la *Biblia* con sus profetas, esos personajes pintorescos que siempre lanzaban anatemas contra las ciudades y; *Rimas*, de Gustavo Adolfo Bécquer, como contraste, ya está todo listo para escribir *Ciudades de sal*.

El primer ambiente del libro se llama *Bajo el manto del peregrino*, gira alrededor de la sensación de desarraigo y arranca con el siguiente poema:

Cíbola, ciudad situada en medio
de los vientos y las sombras
que no recuerdan el hechizo,
que no recuerdan la plegaria
de los ángeles.

---

el entusiasmo de la amiga por las jugosas ganancias que se atrevió a ofrecernos una franquicia de su truculento negocio para que lo hiciéramos en nuestra tierra. No lo sé de cierto, pero podría asegurar que el buen Ricardo, el único integrante del grupo con un mínimo de vocación empresarial, por un momento tomó la propuesta como una posibilidad seria. Sin embargo nos despedimos y salimos de ahí sin ánimo, sin trabajo, sin negocio y sin 60 dólares. Gracias al maestro Elko por recordarme dónde inició mi carrera cinematográfica.

Y aunque he tenido la suerte de trabajar con muchas personas interesantes, todavía no se me hace trabajar al lado de JLo. No pierdo las esperanzas.

Cíbola, brillando lejos:
el viajero avanza por los caminos
bajo un manto de púas y desamparo.

Cíbola, ciudad amarga,
engañosa para el ojo,
quimera de videntes extraviados,
enloquecidos en los vastos campos
de la soledad.

Cíbola, tierra de fantasmas,
ciudad de llanto
que dibuja la nostalgia.

También aborda algo de mitología judeo-cristiana como en el poema *La mujer de Lot*:

En los ojos de Edith
—en esos ojos llenos de nostalgia—
los dioses grabaron toda su rabia
antes de transformarla
en muda estatua de sueños y sal.

El segundo ambiente, titulado *Luna* hace referencia a una especie de paraíso perdido simbolizado por un amor consumado y la luna. Podemos encontrar poemas como el siguiente:

Luna, te he seguido a través
de estas ciudades demenciales
que se disfrazan con espinas,
entre los bosques otoñales
donde borracho de mi angustia
te di mil nombres como solo,
solo conciben los poetas.

O este:

Como una dama francesa del siglo doce
que de tan blanca, de tan blanca y rubia, prístina;
como Laura en los tristes sueños de Petrarca,
así de dulce, lucero de la mañana.

Toda la tristeza de mis ojos es el título del tercer ambiente y en él se confronta la sordidez de la urbe moderna con un pasado provinciano, a veces rural, idealizado.

Incluso en medio de las trágicas ciudades
donde mueren los sueños bajo ásperos hielos,
incluso entonces encuentran puertas los magos
por donde escapar a rutilantes jardines.

La portada del libro se engalana con una fotografía tomada por el gran Engelbert Grijalva a mi musa Marissa Chávez (¿ya te viste, güera?).

Si toda tu vida quisiste ser un profeta bíblico al puro estilo de Isaías no te limites, déjate crecer el pelo y la barba, abstente de bañarte, toma un bordón, recorre las calles lanzando anatemas y adquiere tu libro *Ciudades de sal*.

Otros libros del autor


ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA
EN LA PUNTA DEL CIGARRO, LOS DEMONIOS
VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

NOSTALGIA

ELKO OMAR
VÁZQUEZ EROSA



ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA

EL HOMBRE QUE ODIABA A SANTA

Y OTRAS HISTORIAS DELIRANTES



VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

Contenido

El androide, 3
Los pistoleros: A Western story, 6
El niño de Antares, 11
El bacín de oro, 14
Instrucciones para joder a Alberto Espino, 16
El monito de la rosca, 20
El baño del rey, 22
Acerca de los calzones interactivos, 24
Estaré pendeja, 27
Oryza sativa lampyridae, 29
El pata de indio, 31
La insatisfacción de los maridos, 34
El pinta calzones, 36
¡Te pasaste de lanza!, 39
La idiosincracia de los nacos, 42
Madame Voltar, 44
El club de los horrores, 47
Sara Williams, in love, 53
Rigo es amor, 56
Atento aviso a los lectores, 59
Al estilo Monterrey, 60
Excomunión, 63
The preacher, 66
Tan horrible que sería casarse, 74
Mario Flores, unleashed, 77
El secreto de Tory's Burger, 80
¡Expulsado de Facebook!, 85
Acerca de las razones por las que ya no se puede follar en la oficina y por qué los judíos, otra vez, se tienen toda la culpa, 87
Viajando de aventón, 89
Una temporada en el neuropsiquiátrico, 92

El "bato" del Oxxo, 94
La furia del vikingo, 98
Recorriendo "Ciudades de sal", 100
Otros libros del autor, 107